José Carlos Llop

Solsticio

SOLSTICIO

JOSÉ CARLOS LLOP

© José Carlos Llop, 2013.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2014.
Diagonal, 189 − 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO630
ISBN: 9788490561850

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

PARA HELENA Y LOS CHICOS,
DESDE NUESTRO VARIKINO PARTICULAR

La mediterraneidad no se hereda,
sino que se consigue.

PEDRAG MATVEJEVIC

¿Para qué son los días?
Los días son el lugar donde vivimos. Se acercan, nos despiertan
una y otra vez.
Son para ser felices.

PHILIP LARKIN

Me preguntas qué utilidad tiene leer los Evangelios en griego.
Te respondo que es bueno guiar nuestro dedo
por letras más perdurables que las grabadas en piedra,
y que al pronunciar lentamente sus sonidos,
conozcamos la verdadera dignidad del lenguaje.

CZESLAW MILOSZ

1

ET IN ARCADIA EGO

Debo mi paraíso privado a dos razones singulares: el hecho de ser insular y el Ejército. Es decir, a que mi padre fuera militar y estuviera destinado, durante toda mi infancia, en Mallorca. Que por otro lado era y es nuestra tierra familiar. Mi paraíso estuvo en zona castrense —por tanto vedada al mundo, que, como todos sabemos (al menos lo sabemos los hijos de militar) es civil—. Que su entrada estuviera prohibida a los demás y vigilada con armas reforzaba aún más la idea de *hortus conclusus*, con espadas flamígeras que impedían el acceso a extraños, en forma de alambradas, garitas, uniformes, armamento y correajes. ¿El lugar? Una alejada batería de costa de la isla, en los años 60. Y en ella, nuestra casa de verano: el pabellón de mandos adyacente a la gran casa cuartelaria que albergaba la guarnición y el armamento ligero de la Batería: mosquetones, bayonetas, correajes, la pistola del sargento —sólo el sargento llevaba pistola—, dos ametralladoras y la munición correspondiente. Todo a la vista, que es como se tienen estas cosas en la vida militar. Y más abajo, a escasos kilómetros, los cañones de la Batería: cuatro piezas artilleras Schneider Canet-Mod procedentes de un viejo acorazado, instaladas en tierra y adaptadas para la defensa de la isla ante un ataque enemigo.

La batería artillada, como otras repartidas a lo largo de la costa insular, se había montado durante la guerra de Abisinia —que caía lejos: Abisinia, digo, pero su origen de opereta imperialista italiana predecía cierta posibilidad bélica en el Mediterráneo— y se había reforzado durante la II Guerra Mundial para proteger la isla de cualquier ataque aliado o nazi, según el transcurso de la contienda y la cambiante estrategia del gobierno. En el fondo, mi paraíso se lo debía a Franco y no por ser el Jefe del Estado en aquellos años, sino porque el plan de baterías y nidos de ametralladora protegiendo la costa había sido uno de sus trabajos mientras estuvo destinado en la Comandancia Militar de Baleares a principio de los años 30. Y aquí he de volver a Abisinia y al sueño imperial del Duce: en la prolongación

de ese sueño se barajó por distintas vías, durante la guerra civil española, la hipótesis de italianizar las Baleares y convertirlas en una base de Mussolini cercana al norte africano. Con lo que la creación de aquella y otras baterías con pretexto abisinio no acabaría siendo ningún disparate.

Los enemigos del paraíso —y eso lo averiguaría mucho más tarde — suelen ser aquellos que están fuera de él. Por eso no cuentan. Quiero decir que no existían entonces y no cuentan ahora. Dentro, en cambio, estábamos nosotros. Pero había alguien más. Aquellos cañones también protegían a los muertos: las almas de los muertos más antiguos de Mallorca, cuando aún era una isla sin nombre. Se trataba de muertos sin continuidad ni descendientes: un pueblo perdido, una raza extinta. Aquellos cuatro cañones Schneider Canet-Mod, que procedían de un buque de guerra de cuando la pérdida de Cuba y Filipinas, protegían los asentamientos de los primeros pobladores de Mallorca, que también habían elegido aquel paisaje árido para vivir. Y frente al mar permanecían, desperdigados por el árido paisaje, sus pequeñas y fortificadas ciudadelas, cementerios y monumentos megalíticos: navetas, *talaiots* y dólmenes. Aquellas grandes lajas de piedra se dispersaban junto al telémetro de la Batería —como un fósil sobre una chimenea *art-déco*—, bajo frondosos acebuches que ahora sustituían su techumbre pétrea, o rodeadas de enormes matas de lentisco que eran, a su vez, refugio para el ganado. Muros, columnas, círculos concéntricos, tumbas… restos de la Edad del Bronce. Yo asociaba la soledad del paisaje —que favorecía las nociones de libertad y de independencia, dos cosas que siempre he cuidado en mi vida y que no aportan riqueza material alguna y sí más de un disgusto— a la vida de aquellos hombres prehistóricos, que primero vivieron en cuevas y después en sus poblados de piedra. Sus cuevas junto al mar carecían de pinturas que nos hablaran de escenas de caza, pesca o natación. Sus poblados estaban cubiertos de vegetación. El hombre sin historia. El hombre sin pasado ni futuro. El hombre solo. Como el paisaje solo y solitario, el mismo paisaje de roca arenisca y la misma vegetación —palmito, acebuche, lentisco, manzanilla…— que contemplaron aquellos hombres antes de que se extinguiera su rudimentaria civilización. *Et in arcadia ego*, gracias a mi padre, que no representaba sólo la modernidad militar en el paisaje primigenio, sino también la soledad de ese paisaje, su aridez, como de refugio de los Santos Padres, tan adecuado para él. Sin que ninguno de los dos —su carácter militar y su necesidad de soledad primitiva (es decir, verdadera)— perjudicara o alterara al otro. Eran tan complementarios como lo habían sido la cultura del Megalítico y la cultura de la guerra como defensa. Ambas cosas en un paisaje de una

belleza seca y antigua como ciertos fragmentos de la Biblia y *La Odisea*. Al fin y al cabo, cuando el paraíso desaparece, siempre aparece la literatura.

2

EL VIAJE

El día 1 de agosto, a las nueve y media de la mañana, un Simca del Ejército, color cereza, aparcaba ante la entrada de casa, Vía Alemania, número 30. Durante siete años, cada 1 de agosto, aquel Simca del Ejército, color cereza, aparcó ante el edificio racionalista donde vivíamos, preparado para conducirnos a más de ochenta kilómetros de distancia de la ciudad.

Se producía en ese momento, nueve y media de la mañana, un efecto especular: las líneas años 30 del automóvil coincidían con las líneas náuticas del racionalismo arquitectónico de la casa. Un racionalismo modesto, sin mármoles ni cromados, como las colonias obreras que Mussolini construyó en los extrarradios de las ciudades. Ambos, coche y edificio, eran de la misma época y atmósfera, y parecía que la entrada acristalada de la casa estuviera hecha para que aquel automóvil se reflejara en ella y a la inversa.

Hablo del período que va de 1961 a 1968, con lo que esa imagen ya era una imagen trasnochada y aún siéndolo vivíamos en un mundo que no nos lo parecía. No a mí, al menos, como con tantas otras imágenes trasnochadas que son fragmentos de mi vida. En ese mundo circulaban automóviles y camiones fabricados en los años 30 y 40, mezclándose con utilitarios nacionales o deportivos híbridos como el Dauphine o el Gordini, de colores que parecían salidos de un acuario tropical. El color cereza del Simca destinado a mi padre también era, sin parecérnoslo, un color estrambótico, pues los vehículos del Ejército o eran caquis o eran negros y nunca en mi vida he visto o sabido de otro de aquel color, que siempre he de asociar a mi padre destinado en Estado Mayor.

Durante siete veranos —o mejor, siete agostos— estuvimos viviendo en Betlem, en la bahía de Alcúdia, junto a la Colònia de Sant Pere, que entonces llamábamos Colonia de San Pedro, aunque a Betlem le llamáramos siempre Betlem y nunca Belén. Tenía cinco años cuando llegué y doce al marcharme, la infancia entera, otro territorio

que suele asociarse al paraíso, supongo que con fundamento teológico: el paraíso no como lugar, sino como estado. Pero en la infancia el paraíso carece de fundamento teórico: está, no es, y está en un espacio y no al revés, no en uno mismo. Como el imaginario Shangri-La de los adultos; sólo que su carácter de mito no es, exactamente, tal —no hay invención—, sino que radica en la transfiguración de un espacio real en espacio mítico.

En esa época mi padre era teniente coronel y su despacho estaba en Capitanía General. Mi padre, durante muchos años, fue teniente coronel. Tantos, que yo tenía la impresión de que ser teniente coronel era una forma de ser militar, como ser artillero y diplomado de Estado Mayor, que es lo que era y fue siempre mi padre. Desde luego ser teniente coronel de Estado Mayor fue la causa de mi conocimiento del paraíso y de que ahora tenga cierta memoria del mismo y la evoque y escriba. Porque cuando mi padre ascendió a coronel y pasó a mandar el regimiento mixto de Artillería n.º 91 —que es de quien dependía la batería militar donde estaba situado el paraíso—, decidió que no podía solicitar su pabellón de mandos nunca más. Aunque hubiera pagado un alquiler por ese mes de agosto durante siete veranos y reglamentariamente pudiera continuar haciéndolo, ya no consideró correcto solicitar un bien cuya concesión dependía de él.

Cruzar la isla era un viaje que suponía cruzar el continente —eso es la isla para un insular— y su duración, una mañana entera: la huida a Egipto. Abandonábamos la ciudad entre las nueve y media y las diez, y solíamos llegar a Betlem sobre la hora de comer. Como todo viaje y más hacia el paraíso, también este disponía de cierto carácter iniciático, simbolizado en tres encuentros que a mí me parecían pertenecientes al mundo de las *rondaies* que escuchaba por la radio al caer la noche. El primero era el demonio, tan presente en esos cuentos populares, que surgía, como en la estancia evangélica del desierto, en un recodo del primer tercio del viaje. El demonio aparecía en la carretera, no sé sabía de dónde, con un tridente de madera —en realidad una *forca* de aventar paja— y unos grandes cuernos de macho cabrío. Vestía amplio mono tiznado y pintarrajeado con pequeñas llamas que rodeaban un esqueleto tan alto como el mismo demonio y llevaba una capucha, también pintada con un rostro esperpéntico, mitad calavera humana, mitad animal, que sacaba una larga y burlona lengua roja. Aquel demonio daba brincos junto a la carretera, agitando el tridente de forma amenazadora y luego desaparecía o era el coche que lo adelantaba y él quedaba atrás brincando y amenazando y sacando esa lengua condenada a no poder regresar jamás a su boca y descansar. Pero en aquel encuentro no existía el miedo. Había un aviso en tono festivo de mi madre y algo dislocadamente paródico en

la danza demoníaca que impedía que el miedo —tan presente en la educación religiosa de mi generación— tomara cuerpo e hiciera de las suyas. Y en ese humor —presente también en los reveses que acababa sufriendo el diablo en las *rondaies*— estaba algo que años después, avisado por el escritor Cristóbal Serra, observaría en Blake: que al mal sólo se le vence si no se le toma en serio, es decir, desde la risa.

El segundo encuentro ocurría en el segundo tercio del viaje y era más siniestro que el diablo danzarín. Recuerdo la belleza del paraje: árboles frondosos, un gran aljibe, algunos huertos más abajo. Y en un claro de tierra roja, un árbol seco y enorme del que pendían grandes frutos como bolsas o sacos. Tantos, que costaba distinguir que aquel árbol —un almez— no tenía una sola hoja: estaba tan muerto como la higuera en la que se ahorcó Judas y como de esa higuera pendían sus hediondos frutos. De sus ramas colgaban docenas y docenas de animales: gatos salvajes, jinetas, martas y comadrejas y esos cadáveres ahorcados cumplían la doble función de aviso y escarmiento. Pero eran también el anuncio de una brutalidad desconocida y un doble lenguaje que se reflejaba de modo sutil al nombrar las especies: los gatos eran gatos y las martas, martas; las jinetas, sin embargo, eran *genetesy* las comadrejas, *mostels*, como el almez, que jamás fue almez sino *lledoner* y para mí, aunque nunca lo dijera delante de mis padres, el Árbol de la Muerte o una especie de Bergman, mediterráneo y *avant-la-lettre* (antes de haber visto *El séptimo sello*, quiero decir).

El carácter simbólico de ambos encuentros fue cobrando evidencia a medida que pasaba el tiempo: no existía el paraíso sin ritos de paso, sin miedos, sin dolor. No existía el viaje sin el conocimiento de lo ajeno y eso, lo ajeno, era el reverso de nuestro propio mundo. Inmediatamente relacioné el demonio pintarrajeado con el árbol de la muerte: la exaltación del paganismo, aunque fuera burlona, conducía al descarnado ensañamiento en la brutalidad, sin necesidad de ser Nerón retratado por Suetonio, que eran personajes de los que también se hablaba en casa. Como si estuvieran vivos.

Pero antes, en el camino, había un tercer encuentro que representaba el contacto con el mundo y el poder más allá de todo poder. Ese encuentro también tenía el perfume de un pasaje del Nuevo Testamento, pero en un sentido parabólico. La carretera de Ses Comunes era recta y larga y en ella solíamos parar unos minutos antes de reemprender la marcha: estirar las piernas, rezar el Ángelus y aliviar la vejiga, los niños. Surgía entonces la tercera aparición bajo la forma de hombre armado con escopeta y tocado por un sombrero de paja. Llevaba un uniforme de lista, como de los tiempos de la Cuba colonial, y le cruzaba el pecho una banda de cuero con una refulgente

placa ovalada en el centro. Que el nuestro fuera un coche del ejército —ET en la matrícula— no lo detenía. Ese hombre era —y sobre todo, tenía conciencia de serlo— una representación del poder terrenal. Un poder sin trascendencia metafísica, pero con la suficiente trascendencia física como para meter en nómina a cualquier súcubo o íncubo saltarín si eso fuera necesario.

El hombre de la escopeta se dirigía al chófer (que aquel día no iba de uniforme) y este, como un intérprete en posición de firmes, le musitaba una frase inaudible a mi padre. «Vámonos», nos decía mi padre, después de encender un cigarrillo y pensárselo, sin dignarse más que a hacer, ya sentado en el coche, un leve saludo con el índice, pulgar y corazón. Manteniendo las distancias, como un pantocrátor. Alejado de lo que representaba el guardabosques, como alejado en la cúpula del templo está el pantocrátor, y sin hacer uso de su condición militar para ahuyentarlo. Luego, el hombre uniformado desaparecía en el sotobosque, que nosotros llamábamos *garrigacomo* al guardabosques, *garriguer*. Un verano pregunté. «Son tierras de March», contestó mi padre impávido y pasó a otra cosa, como si ese nombre no tuviera que ver con él —y así era— y yo tuviera que saber quién era March. Como si todos en Mallorca supieran quién era March y así, también, era: todos lo sabían. Todos menos mi hermano pequeño y yo, para quienes el único March existente era un conocido *playboy* de la época, que vivía en el piso de enfrente del nuestro y se llamaba Ernesto, como en la obra de Wilde, pero al revés, tantas eran las mujeres que le rondaban y sedujo sin apenas esfuerzo.

Pero el hecho de que mi padre nos hiciera subir al coche y partir era tan extraño para mí como la brincante aparición demoníaca y la visión inmóvil del árbol de la muerte. Y los tres eran Circe y los lestrigones y Polifemo. O lo serían el verano en que mi abuelo materno me regaló un libro de mitología que leí en el Ática mallorquina de Betlem y años después vendí junto a otros títulos en una librería de viejo que ya no existe, para comprarme mi primer disco de Bob Dylan.

3

LA LLEGADA A ARCADIA

Al tomar el cruce y dejar atrás la cruz del término y un poco más adelante los muros encalados del cementerio marino de La Colonia, divisábamos el nuevo campanario de la iglesia, de color verde claro, y a la derecha Farrutx, la gran montaña de piedra anaranjada que se asomaba sobre la vieja Devesa real, los viñedos frente al mar y La Colonia y su embarcadero con portón de madera para los días de temporal, que no eran pocos. Tenía algo ciclópeo, Farrutx, y así lo miré siempre: como un gran cíclope custodiando la puerta del paraíso o la efigie de un mamut fosilizado en el tiempo. Pero el Simca color cereza no se detenía en La Colonia sino que seguía por una estrecha carretera hasta llegar a los caminos sin asfaltar que cruzaban la antigua finca de Betlem. Uno de ellos, pedregoso y lleno de cardos, nos conducía hasta la Batería, levantada, precisamente, junto a las casas de Betlem.

La orografía era rasa —las montañas no muy altas— y el carrizo y los palmitos —de los que nacía toda una industria cestera local— destacaban, pese a las matas de lentisco y los acebuches, como si fueran plantas solitarias. El palmito era la vegetación más abundante y cada una de sus plantas parecía pintada por Carpaccio en el desierto de los Santos Padres. Y ese desierto africano —que más tarde asociaría al Ática griega— era el paisaje. Junto al camino, incluso, había una choza de adobe y elevado techo cónico de carrizo seco, atado en su vértice, que en nada se distinguía de las que aparecían en las fotografías de una revista de misiones a la que mi padre estaba suscrito, *El Eco de África*. Siempre estuvo cerrada a cal y canto, aquella choza, y yo la imaginaba habitada por un ser misterioso que dormía de día y vivía en la oscuridad de la noche.

Sobre una suave loma estaba la Batería, con vistas sobre la bahía, mientras que los cañones estaban emplazados más abajo, en las fortificaciones de la costa, tras las alambradas que sorteábamos al ir a bañarnos todas las mañanas, con el temible aviso de ni siquiera

rozarlas, no fueran a contagiarnos el tétanos y provocarnos la muerte, no sin haber sufrido antes dolores que ni la morfina podría calmar.

La Batería estaba formada por una edificación de una sola planta y dos cuerpos principales: una larga nave cara al mar —ahí estaban los soldados y se guardaban el armamento ligero y su munición— y, a su derecha y en perpendicular, el pabellón de mandos, de una sola vertiente y con una sola ventana en dirección al mar, la de la habitación que ocupaban mis padres. Las otras se asomaban a la terraza, al jardín y las montañas, salvo una salida trasera junto a un algarrobo, que daba al patio central de la Batería, sobre las escalinatas que, entre pinos, descendían hasta la explanada. En el otro extremo de la gran nave estaba la residencia del sargento, que a veces tenía familia y a veces no, pero nosotros apenas si veíamos al sargento y mucho menos al cabo o los soldados. Nuestras dependencias se daban la espalda y ellos ponían buen cuidado de no toparse con el teniente coronel, que aunque estuviera de vacaciones podía hacerles pasar un mal rato por cualquier pequeña irregularidad. Para mi padre —y su fama le precedía— no había irregularidad pequeña. Una sola mirada suya bastaba para sentir el peso de toda condena.

El recinto militar estaba rodeado de un alto muro de piedra seca y sus casas, en principio, apenas diferían de las del predio —de tan vecinas, adosadas— salvo en su cuidado —la finca estaba semiabandonada— y un detalle que iba resultando más llamativo a medida que nos acercábamos. Todas las ventanas y puertas estaban enmarcadas con pinturas de camuflaje —como un tanque o el blindaje de los cañones—, lo que le daba un aire muy alegre, con algo vanguardista que entonces no hubiera sabido definir, pero que asociaba a la carrera de mi padre. Porque la intervención militar en la naturaleza era, al menos en esa época, curiosa. Se encalaban las piedras superiores de las paredes secas y las piedras de los parterres y se adornaban tanto los pilares de la entrada —también blanqueada su parte superior— como las verandas y escaleras, con unas bombas negras —como munición para culebrinas— apiladas en forma piramidal, o una sola —el emblema de artillería— con llama roja donde la mecha. Blanco, verde, negro y rojo combinaban con la piedra caliza y la argamasa de las fachadas. Más los granates, azules, verdes y marrones de las pinturas de camuflaje. Tenía algo entre colonial y artístico esa decoración militar, entre los colores naíf y el México de Frida Kahlo.

Al entrar en el recinto de la Batería, el sol caía a plomo sobre la explanada. Armados y en formación nos esperaba el destacamento militar casi en pleno (los dos o tres soldados que faltaban estaban de guardia en la costa, en una garita situada a la entrada a la fortificación y entre los cañones). El primero en bajar del coche —después del

chófer, que le abría la portezuela del Simca— era mi padre —sahariana blanca, pantalón de rayadillo y alpargatas nuevas (azules o *beige*) de lona y esparto—, que recibía novedades del sargento y luego mandaba deshacer la formación. Inmediatamente se acercaban dos temerosos soldados —probablemente no habían visto a un teniente coronel de cerca en su vida y les debía de parecer un temible mariscal napoleónico— y recogían cestas y maletines del maletero del coche hasta llevar en un santiamén todos los bultos, que no eran muchos, al pabellón de mandos. Es decir, a casa.

La sensación es de haber interiorizado el paisaje —aquel paisaje primitivo cuya única intervención humana era su defensa de un imaginario enemigo exterior— y que ese paisaje y no otro sería siempre el paisaje de la felicidad. Una felicidad que nunca imaginé que pudiera truncarse, como tampoco imaginé lo contrario, que fuera eterna. Sin embargo apenas tengo recuerdos del interior de la casa: la vida transcurría fuera: en el jardín, en la terraza, en el huerto, en la explanada, en la pequeña cala adonde íbamos por la mañana, en las excursiones vespertinas encabezadas por el paso rápido de mi padre y su bastón de boj con el reverso del mango quemado como un tizón. La casa es un interior en sombra, las persianas siempre cerradas, con un comedor que no usábamos, una cocina posterior y un cuarto de cuyo techo colgaba, de un gancho con polea y cuerda atada en otro gancho de la pared, la fresquera, donde tras la rejilla se conservaban a salvo de los ratones y el calor —pero sobre todo de los roedores— los alimentos perecederos. No había, por supuesto, luz eléctrica. Nos iluminábamos con quinqués de gasoil y faroles de carburo, que despedían una peste aceitosa que lo impregnaba todo. Años después llegaría el cámping-gas, con su pequeña bombona azul y su luz restallante y fría, como de neón. Pero siempre fue algo así como un intruso, el cámpinggas, la nota disonante de los inicios de una modernidad a la que nuestro mundo de verano, que todavía era un mundo antiguo, se resistía.

4

PASSIFLORA CAERULEA

El pabellón tenía una gran terraza con sombrajo de pino, pilares que eran troncos pintados de blanco en la base y suelo de cantos rodados. Por un lado miraba al mar y por otro a las peladas montañas de la Serra, cuya falda lindaba con el jardín. Al otro lado de la puerta de casa —una vidriera con una persiana verde— había una mesa circular de obra, con bancos y una glorieta por la que trepaban varias plantas de pasionaria o *Passiflora caerulea*, formando un toldo verde y salpicado de flores, bastante más sofisticado que el sombrajo de ramas de pino, pura economía mediterránea. En esa mesa comíamos y jugábamos a cartas con mi madre.

Las noches de luna oíamos a las ratas pasear nerviosas por el sombrajo y los días de sol —que eran todos— las abejas se daban un festín del néctar sedante de la pasionaria, bajo el calor de agosto. La glorieta tenía cierto aire japonés —art déco japonés, aunque nadie en casa me hubiera hablado del art déco— y algo de pintura modernista, como de Fortuny, lo que contrastaba con su lado místico. Los pistilos liláceos de la flor formaban la corona de espinas de Cristo y los estambres color óxido, las cinco llagas. Las tonalidades de la flor, más allá del blanco, tenían pigmentos cuaresmales y el número de pétalos y sépalos guardaba también relación con la Pasión. Eso, a mis ojos, la convertía en una flor sabia y misteriosa, una flor más allá del resto de las flores, que yo veía sin simbolismo alguno y hechas tan sólo para embellecer. (Nunca se me hubiera ocurrido aún relacionar, por ejemplo, la rosa con los pliegues del sexo de una mujer entre otras cosas porque no sabía cómo era el sexo de una mujer).

Alrededor, las pitas de hoja dentada y gris y los geranios de colores, y junto al jardín, ya en la falda de la montaña, algunos acebuches y algarrobos, pocos y desperdigados. El jardín estaba enfrente de la terraza y la glorieta, al otro lado de un camino que conducía a la derecha al gallinero y a la izquierda al huerto. El gallinero, paredes altas y encaladas y una puerta de tablones verdes, recordaba la sequedad y el colorido de las instalaciones militares de

Tetuán, Xauen —donde había estado mi padre, cuando no lo era—, Sáhara o Alhucemas. El huerto, grande y rodeado de paredes de piedra seca, estaba abandonado. Junto a él, se levantaba el oscuro establo del mulo loco.

En el jardín había dos estanques circulares y un palomar entre ambos. En los estanques nadaban patos y ánades, pero duraron poco —un año, quizá dos— y son un recuerdo vago. Decorativo —el plumón azul del cuello, los escudos cobrizos de los flancos, los verdes brillantes de las alas, las plumas doradas de la testa, la blancura del pecho, como colores de caballeros en un torneo medieval— pero vago: una *chinoiserie* entre la calima. Ya secos, en el interior de uno de ellos se guardaban los botes de pintura con los que año tras año se repintaban la batería, las casamatas y los cañones apostados frente al mar, protegiéndonos de una invasión fantasmal. Ese debía de ser uno de los trabajos de la escasa guarnición, que no parecía, exceptuando las guardias, tener ningún otro, pues la pesca para el rancho no podía ser considerado un trabajo. Nosotros jugábamos con esas pinturas como si fueran confituras de las que hacía mi madre y hubo un verano que en el otro estanque circular, mi hermano y yo reunimos cerca de medio centenar de tortugas capturadas que pusimos en libertad a finales de agosto, el día que nosotros la perdíamos hasta el verano siguiente.

Alguna tarde, a la hora de la siesta, abandonábamos nuestro cuarto por la persiana a pie de patio, a la sombra del frondoso algarrobo, y nos metíamos ahí donde el olor era diferente a todos los que hubiéramos conocido. Mi abuelo materno —que también era militar y había guerreado en Marruecos— lo llamaba olor a soldadesca y era un olor a cuero de bota y correajes, uniforme sudado, grasa de cañón, taquilla metálica, gasoil y fusil recién engrasado. Quien haya hecho el servicio militar sabe de lo que hablo. No es que fuera un olor dominante o agresivo, los soldados eran muy pocos y el espacio grande: simplemente flotaba en la magnitud de la nave e impregnaba con levedad el aire, sin llegar a ser impertinente. Era el olor de aquella nave, nada más, y ese olor era el olor del ejército; al margen de mi padre, que siempre olía bien, a colonia 4711 o Álvarez Gómez; a masaje Floïd —una botella plana de líquido ámbar con etiqueta de los años 30— después de afeitarse; a jabón Lux o Heno de Pravia, sus manos.

Las cigarras no paraban de chirriar bajo el sol implacable de las primeras horas de la tarde, pero la nave estaba en sombra, todas sus persianas cerradas, como en nuestra propia casa, donde las persianas estaban también cerradas, menos la de la habitación de mis padres, la

que miraba al mar, como la casa desde donde ahora escribo con las persianas abiertas. Parecía que los soldados estuvieran siempre escondidos en ese recinto o haciendo la siesta, excepto al mediodía, antes de que comiéramos, cuando aparecía uno de ellos, perfectamente uniformado —ni un botón desabrochado, la hebilla, botas y correaje relucientes, manoplas y guantes blancos— con «la prueba» entre las manos.

La prueba era una bandeja de madera con el menú del día para la guarnición, en el que solían abundar los arroces amarillos, surtidos con toda clase de pescado y cangrejos. Mi padre la observaba un minuto, cogía el tenedor, separaba los alimentos, y sin probarla nunca, daba su aprobado y decía tres palabras, siempre las mismas: «Bien, puede retirarse». A mí me apetecía más el menú de la prueba que lo que íbamos a comer en casa, pero jamás pude ni probar siquiera de aquella bandeja, que era tabú para nosotros. Puede retirarse. Y veía la suculenta bandeja marcharse humeante tal como había venido, sin entender por qué nosotros no podíamos almorzar de lo mismo que el sargento, el cabo y los soldados apenas visibles. O sólo visibles en su lugar de descanso.

La primera sensación al entrar en el extenso habitáculo era la de una cámara vacía, sin apenas muebles: una mesa perdida, con una silla, no más de tres o cuatro literas dobles en un extremo, varias cajas de madera, largas y con asas de cuerda a los lados —la munición— y el mueble donde se alineaban los mosquetones y colgaban los correajes negros, con hebilla de latón en el centro y la bayoneta en un costado. Sueltos por el suelo o sobre algún cajón se veían peines de cinco balas para el mosquetón o vainas vacías, recogidas después de haber disparado. Los soldados nos regalaban algunas de esas vainas y nosotros las montábamos sobre fragmentos de tronco de asfódelo y eran los cañones de nuestras batallas. Olían, además, a pólvora quemada.

Nunca vi entrar a mi padre en esa dependencia.

Quien sí, en cambio, aparecía en alguna ocasión por las nuestras, era el mulo loco. El mulo loco era el mulo de la Batería, que vivía en el establo de madera que había en la explanada y del que los soldados decían que estaba loco. Mi madre nos tenía prohibido acercarnos al establo y había tardes en que, a patadas y empujones, el animal lograba abrir el portón —cuya altura le llegaba sólo al cuello— y escapar —el sonido de sus cascos retumbando en el silencio— y brincar por la explanada dando coces y cabezazos como un verdadero poseso.

Observar a los soldados —como hacía yo a cubierto desde el ángulo de nuestra terraza que daba a la explanada— intentando

controlar al mulo airado tenía mucho de sainete español y cierto aire berlanguiano. Gritos, carreras, caídas al suelo. Y el convencimiento de que el animal regresaba al establo no tanto por la habilidad de sus improvisados domadores, como por puro cansancio. Pero otras veces, el mulo, en absoluto belicoso, escapaba al mediodía, cuando la tropa estaba sesteando, y asomaba su testa en nuestra terraza, con curiosidad por lo que nosotros comíamos al otro lado de las pitas y los geranios. Se quedaba quieto, mirándonos, moviendo espasmódicamente una u otra oreja, hasta que se cansaba y volvía solo al establo. Yo miraba a mi padre, que continuaba comiendo como si el mulo no hubiera aparecido, pero sabía que aquella tarde, después de la siesta, al sargento le iba a caer una buena bronca. Y eso era parte de nuestra escasa relación con el mundo.

Como el teléfono de manivela —que no usábamos pero cuya presencia nos recordaba la existencia del mundo al otro lado— o la visita matinal a La Colonia en el carro de la Batería. Era un carro fino y alto, cubierto por un toldo de gruesa lona marfileña y dos bancos laterales más el del conductor, desde donde guiaba al mulo loco, aquí de lo más pacífico y enjaezado. La clásica galera de las fincas de la isla. Aquel paseo nos permitía alejarnos de nuestros padres y jugar a lo que no éramos, que tanto podía ser comancheros bajo los cuervos, caballeros del XIX de paso por sus tierras, o una patrulla militar de servicio. Recuerdo aquel paseo, lento y basculante, borroso en la memoria aunque nítida la luz y el contoneo del carro, como uno de los grandes momentos del verano. Siempre a primera hora de la mañana, para poder regresar a la Batería, cargados de víveres que no eran para nosotros, antes de la hora del baño con mis padres. Durante años creí que no era bueno bañarse por la tarde.

5

EL MAR

Había dos mares en la bahía; uno era plácido y silencioso, de color azul pálido, casi blanco, veteado de verdes distintos al acercarse. Las barcas, muy pocas, flotaban de manera que parecían globos Montgolfier y el fondo submarino, aire envasado por un maravilloso escenógrafo en un gran recipiente de cristal líquido. El otro mar era tormentoso y rugiente, de color azul oscuro, salpicada de babas blancas su superficie y con grandes y rabiosas olas que vomitaban toda clase de espumarajos al llegar a la costa, como en una estampa de Hokusai. Este mar sólo lo veíamos de lejos, mientras que al primero íbamos a bañarnos todos los días. A una cala diminuta en la zona de S'Aigo Dolça, que era militar y estaba entrecruzada de viejas y oxidadas alambradas, engullidas a veces por las matas de carrizo que mi padre separaba con la punta metálica de su bastón: «Cuidado a pincharse». Y dábamos saltos o posábamos cuidadosamente los pies entre los erizados cables como si fuéramos soldados de la Gran Guerra intentando infiltrarse tras las líneas enemigas en la oscuridad de la noche.

Habíamos salido de la Batería cubiertos con sendos sombreros de paja y ala ancha y, después de pasar junto al pozo de Betlem, del que se decía que era una sima tan profunda que quien entraba ya no podía abandonarla, llegábamos al puesto de control. El paso del camino estaba cortado por una barrera blanquirroja —un tronco de pino pintado— y una garita en la que un soldado de la guarnición estaba permanentemente de guardia. Al divisarnos, salía corriendo de la garita con el mosquetón pegado al cuerpo con una mano y con la otra alzaba la barrera, parecida a las que había a ambos lados de los pasos ferroviarios. Y una vez alzada saludaba a mi padre llevándose la mano derecha al hombro izquierdo, el brazo paralelo al suelo, y diciendo enérgicamente: «Sin novedad en la guardia, mi teniente coronel». Mi padre volvía a hacer el mismo gesto de pantocrátor que había hecho, días atrás, al guardabosques de March y continuábamos nuestro paseo hasta el mar sin detenernos, mientras él volvía a bajar la barrera y

regresaba a la garita.

Empezábamos a adentrarnos en la línea de fortificaciones artilladas. Allí mi hermano y yo nos adelantábamos para curiosear en los búnkeres y cambiar la orientación de las piezas. Las pinturas de camuflaje eran más suaves que las de las casas de la Batería y se confundían con los colores del carrizo. A su alrededor no crecían los pinos: se talaban al nacer para evitar la falta de visibilidad. Aquel paisaje fortificado me parecía un símbolo más de la seguridad paterna durante la infancia. Sin aspavientos, algo así como la fe o la razón de sus palabras. Mi madre era la que se encargaba de que abandonáramos nuestro juego artillero y regresáramos al sendero que conducía a la cala.

Un cuarto de hora después, llegábamos a nuestro destino, bordeando el mar y los chatos acantilados amarillos. Porque la roca, como la arena, era de color ocre pálido y refulgía al sol con una luz distinta, parecida a la luz del desierto si la luz del desierto estuviera filtrada por una fina, apenas perceptible, película de agua.

La arena era de grano muy grueso, tostada y veteada por fragmentos nacarados de caracol y de *nacra*. La pequeña cala consistía en una terraza de roca con una estrecha y arenosa entrada al mar. El agua era verde esmeralda y de distintos azules más adentro. A la derecha, incrustados en una amplia hendidura de la roca, nos observaban los cangrejos, acorazados como tanques y babeantes como ancianos que masticaran tabaco con los brazos cruzados. Abundaban aquí y allá las lapas y las actinias, que cuando estaban cerradas parecían tomates cuaresmales. Los erizos tapizaban algunas rocas con colores aterciopelados bajo las púas: rojo cardenalicio, verde hierba, lila pálido, negro limoso. En las piscinas de los *cocons*, las gambas —diminutas y translúcidas— danzaban con gestos bruscos y muy rápidos, como burlándose de quien las observara. En los *cocons* secos, brillaba la sal como una alfombra de gemas blancas y a veces me llevaba algún frasco de penicilina y lo llenaba con esa sal que después utilizaría a la hora de cenar.

Mi padre era el primero en meterse en el mar. Se mojaba las muñecas y la nuca y después se lanzaba al agua de cabeza y desaparecía. Los segundos, uno tras otro, acababan pareciendo minutos, de tantos que eran mientras mi padre seguía sin aparecer hasta que, de repente, a lo lejos, veíamos su cabeza y yo pensaba que era un hombre feliz y lo esperaba de pie sobre la arena, el agua rodeándome las rodillas. Esperaba a que regresara y me ofreciera la espalda y dijera vámonos y entonces nos íbamos nadando él a braza y yo dejándome llevar, mis manos en sus hombros y la voz de mi madre, atrás, mi madre, que no sabía nadar y su voz diciendo Juan, ve con cuidado, no os alejéis demasiado, y esto no sucedía todos los días,

pero cuando sucedía yo era feliz como mi padre bajo el mar y la voz de mi madre era una voz antigua, como es antigua siempre la voz del peligro, y yo pensaba en Ulises y las sirenas, e intentaba no escuchar esa voz que tanto me gustaba en tierra y tan poco en el mar, cuando el mar encerraba todos los peligros en su voz.

Al regresar a casa bajo el sol del mediodía, a medio camino, mi madre nos hacía parar y quitarnos los sombreros. Luego nos arrojaba sobre la cabeza el agua que llevábamos cada uno de nosotros en su pozal. Esa refrigeración instantánea para evitar, decía, la insolación, nos parecía —a mi hermano Javier y a mí— más propia de una tribu de gitanos que de las estrictas normas que regían en casa, lo que nos alegraba enormemente. Entre los cardos y las alambradas, la blancura de un cráneo de burro y una araña negra surgiendo de la oquedad ocular. El graznido de los cuervos, la soledad del camino hasta llegar a casa y la conciencia de que ese camino también pertenecía a la casa. Era la casa. Y el celaje azul, magnífico, su cúpula, bajo la que avanzábamos, empapados y cubiertos por el sombrero de paja.

Bajo esa cúpula ya oscurecida —todavía cantaban los grillos— salíamos de la Batería mi hermano Eduardo y yo con las cañas de bambú y la cesta de cáñamo trenzado, una linterna en la mano y de madrugada aún. Mi hermano, trece años mayor, me señalaba Aldebarán y La Osa y Marte y Venus y yo establecía, no sé por qué, una distinción entre las estrellas y sus constelaciones, que eran seres benéficos, y los planetas, a los que veía como seres míticos capaces de provocar cualquier cosa: de la abundancia al maleficio, de la beatitud a la guerra. Hablábamos en voz muy baja, como conspiradores en la sociedad de los durmientes, o apenas nos decíamos nada, como si la oscuridad de la mañana impusiera un ritmo distinto, más denso y particular —ajeno al mundo de los vivos— que la oscuridad de la noche. Ir a pescar con mi hermano suponía abandonar la infancia e ingresar, durante unas horas, en el mundo adulto, donde esa oscuridad no era materia prohibida. Y observar el nacimiento del día. O lo que es lo mismo: el nacimiento del universo. Que ocurre y se renueva —y sigue ocurriendo y sigue renovándose— con la primera luz del alba y junto al mar. Nunca en la montaña o en el campo, sino junto al mar, como en los poblados y cementerios de los habitantes talayóticos de la zona.

El mar calmo, silencioso, denso como aceite, todavía oscuro, y la cesta abierta, los rollos de sedal, los corchos, los anzuelos. Y el orden de ese cesta, donde horas después darían sus últimos coletazos, en un mosaico austero, los peces capturados, separados de los cangrejos por un artilugio infranqueable inventado por mi hermano. Y su potente aroma, la mezcla del cáñamo —la tierra— y los peces —el mar— que

era y es el aroma de todas las riberas del Mediterráneo. Como el alga podrida. Y mientras contemplábamos la inauguración del mundo, se tensaba el sedal y aparecían los peces saltando y contoneándose en el extremo como bailarinas sicalípticas. Y sus nombres, que mi hermano recitaba como una letanía acuática para que yo fuera aprendiéndolos, nunca eran nombres en la lengua que hablábamos entre nosotros, sino en la lengua del mar y de la tierra: *donzelles, vaques, esparralls, tords, sards, pagells, oblades*… O *crancs (peluts, sabaters, ermitans), nacres, pegellides, peus de cabrit*… Sólo una especie de colores exóticos —que años más tarde sabría que pertenecía a la familia de los tordos— estaba, como los pulpos, bautizada en castellano —*indios*— y nunca supe si era, precisamente, por su exotismo, o una ocurrente e improvisada invención de mi hermano debido a su pintarrajeada estética. Mientras, el mar empezaba también a adquirir el colorido de los peces, iluminándose desde su interior. Como si Neptuno fuera encendiendo las lámparas de sus palacios y fortalezas submarinas, cuyos emisarios bailaban al son de la caña de mi hermano. Con él aprendí los lugares y las horas donde debía colocar el salobre para recoger la gamba que luego serviría de cebo. A poner ese cebo en el anzuelo. A desenganchar un pez del anzuelo, sin que se cayera al agua. A hacer salir de su escondite rocoso a los cangrejos y atraparlos por detrás. A nombrar los útiles de pesca y a nombrar el mar: su fauna y su flora, quiero decir, y también las nubes y las estrellas antes de apagarse. A construir un buen arco con ramas de acebuche y flechas certeras. Con él supe de la satisfacción de regresar con la cesta llena y abrirla delante de mi madre y mostrarle lo pescado aquel día. Con él supe de la existencia de la vida autosuficiente en la naturaleza y vi mis primeros amaneceres, que en la costa son sutiles y refinados. Al regresar a Betlem, el aroma marítimo de nuestras manos y el que surgía de la cesta se mezclaba con el perfume del lentisco, la jara y la manzanilla, que a esa hora aún era un perfume fresco que conservaba la humedad de la noche, pero que horas más tarde, cuando fuéramos a bañarnos con mis padres, ya sería un perfume seco y desértico como algunos versos de *La Odisea*.

Y yo regresaba a casa, bajo el sol, como si acabara de desembarcar de la nave de Ulises y Ulises fuera mi hermano, que lo sabía todo del mar: una emoción parecida al secreto orgullo del héroe.

6

EL RELOJ DE MI PADRE

Hay una fotografía de mi padre tomada en la Batería por mi hermano mayor, recién salido del noviciado. Es la mejor foto que le hayan hecho nunca a mi padre: el retrato de cómo era él en verano, allí en Betlem: un hombre poseedor de una felicidad serena que el invierno amortiguaba y distraía en frentes varios hasta desaparecer tras su aparente hieratismo disciplinario. En esa foto está concentrada, si puede decirse así, la mejor esencia de mi padre, que, además de fotogénico, siempre supo posar ante la cámara.

La foto está tomada bajo el sombrajo de pino de la Batería, en la terraza de cantos rodados, ante de la fachada lateral de la casa. En ella mi padre fuma, está muy moreno y aún no le ha salido cana alguna. Tiene alrededor de 50 años y se advierte en él a un hombre en toda su plenitud. Va en manga corta y el vello de los brazos es tan negro y brillante como su pelo, aunque menos que sus ojos entornados y felices al dar la calada con una delectación que sólo he reencontrado, muchos años después, en las terrazas de París. Pero en esa foto hay un vacío: mi padre, que siempre llevaba reloj, no lleva puesto su reloj de muñeca. Mi padre, en Betlem, se metía el reloj en el bolsillo de la pechera o lo depositaba sobre la mesa, cerca de sí, mientras leía algún tomo de la BAC en un atril que le había hecho mi hermano Eduardo.

Mi padre tenía un reloj Leónidas con calendario lunar. Se lo había regalado su padrino, que vivía en Buenos Aires y que en una de sus escasas visitas a España le trajo el reloj, que era de oro. Probablemente fue el único regalo que tuvo mi padre de su padrino, pero le acompañó durante toda su vida.

Apenas sabíamos nada, en casa, del padrino de mi padre. No sabíamos por qué se había instalado en La Argentina y tampoco por qué apenas visitaba España. Mi padre siempre fue un hombre reservado. Y un par de veces al año recibía una abultada carta —seis o siete cuartillas—, procedente de Buenos Aires por correo aéreo.

—Tienes carta de la prima Leonor —le decía mi madre.

La prima Leonor era la hija del padrino de mi padre. Mi padre, a la

hora del café, después de la comida, leía la carta mientras fumaba un cigarrillo y el humo formaba espesos estratos que quedaban flotando en la sala. A las pocas horas —el mismo día de su recepción— mi padre abría la tapa de su buró, desencapuchaba la pluma estilográfica, marca Parker, y contestaba a su prima en dos cuartillas de tela.

Los sobres de las cartas de la prima Leonor tenían el borde blanco y azul como la bandera argentina y un recuadro impreso que ponía POR AVIÓN. Los sobres de mi padre eran de tela, como las cuartillas, y su interior estaba forrado de papel de seda morado. Tenía algo episcopal, el interior de los sobres de mi padre y como no llevaban nada impreso yo pensaba que las cartas de mi padre llegaban a La Argentina en barco y que su prima tardaría semanas en recibir la contestación. Eso me hizo llegar a la conclusión de que la prima Leonor era más rica y más moderna que mi padre: bastaba ver los sobres y cuartillas de papel Japón; bastaba pensar en el avión cuatrimotor y con cola de cuatro alerones verticales; bastaba imaginar las calles de Buenos Aires, llenas de anuncios luminosos y confortables automóviles que años más tarde descubriría en las fotografías de Horacio Coppola y en ellas el mundo donde vivía la prima Leonor, el mundo al que se dirigía mi padre con sobre blanco de interior morado como un altar en Cuaresma. Aquel era un mundo donde seguro que había otros hombres con traje y corbata que llevaban el mismo reloj Leónidas que mi padre: leyendo el periódico apoyados en una fachada modernista, contemplando los paquebotes en el puerto, señalando a un marinero la marquesina del bar London, o consultando el gabinete de Avicini, doctor en medicina. Los zapatos de brillo acharolado, el nudo de la corbata impecable, los lujosos escaparates, los maniquíes de un sastre carísimo, los tranvías y coches de caballos.

El reloj de mi padre, ese que no aparece en la fotografía tomada por mi hermano Juan, era su amuleto, una reliquia de otro mundo que hubiera podido ser y no fue y al mismo tiempo el símbolo de la manera de vivir mi padre su propio tiempo. Preciso, meticuloso, sabio y exacto: en la hora, en las múltiples manecillas —larga y roja la que marcaba el día del mes y los días quietos en el exterior de su esfera blanca, pequeñas y doradas las que marcaban las décimas de segundo y más largas y doradas, también, las de los segundos, minutos y horas — y con dos pequeñas ventanas que indicaban si era lunes o jueves y que estábamos en agosto o en diciembre cuatro meses después. Y la luna y las estrellas sobre un fondo azul, y el oro, como el tiempo en Arcadia.

Yo miraba el amuleto de mi padre y me hacía mis propios amuletos, una palabra salida de las novelas de Karl May que leía a la hora de la siesta. Esas novelas, como la palabra *amuleto*, están unidas

para siempre al paisaje de Betlem. Como la carta veraniega de la prima Leonor, que llegaba de Buenos Aires hasta La Colonia en uno de los correos militares que, dos veces al mes, nos traían hasta la Batería las cartas y revistas a las que estaba suscrito mi padre y eran la memoria de que existía una vida diferente a nuestra vida en el paraíso. Como señales de humo.

Los protagonistas de aquellas novelas eran pistoleros solitarios que la vida había hecho envejecer en sus apodos: Old Shatterhand, Old Firehand, Old Surehand. Vestían trajes de piel de animal cazado por ellos mismos, con flecos en las mangas y puñales indios en el cinto, como si fueran tramperos, cazadores de búfalos o comancheros, y el primero era hermano de sangre de Winnetou, el jefe de los apaches mescaleros. Los apaches, en las novelas de Karl May, eran nobles y los comanches ruines, salvo uno de sus guerreros —que moría en la aventura que protagonizaba— llamado Apanachtka. Winnetou y Apanachtka —nunca he de olvidar sus nombres, sí he olvidado los títulos de aquellas novelas— eran mis héroes particulares, mi Héctor y mi Aquiles, y ambos llevaban amuleto: un pequeño saquito de cuero anudado al cuello, que les protegía del mal y la muerte y poseía, además, poderes medicinales propios de un hechicero.

Ambos, sin embargo, acababan muriendo y su muerte era tan noble como su vida. Así pues, se trataba de nobleza. La misma —respecto a la relación entre hermanos— que emocionaba en *Beau Geste* (la película, no la novela, que nunca leí). La misma que emocionaba en la relación entre Winnetou y Old Shatterhand, que no era otra que la amistad, lo que yo creía que era y sería la amistad, tanto en la juventud como en la vida adulta: un arte de la nobleza y la tranquilidad de la confianza ante cualquier peligro que acarreara la vida. Y el arte de compartir los conocimientos y las emociones. Sin pensar que la muerte de Winnetou en la emboscada de *En la boca del loboera* una forma de nombrar la imposibilidad de ese arte, al menos en su idealización. Como la relación entre hermanos no siempre sería la que es en *La Ilíada* entre Héctor y Paris o en los Macabeos de la Biblia, ni la que mueve los hilos secretos en *Beau Geste*, cuando los funerales vikingos ya se lo han llevado todo por delante. Y esas pérdidas, que tendrían lugar en los años de juventud, tendrían también su contrapartida en la aparición de los amuletos: ginebra menorquina, whisky escocés —agua de fuego, según los apaches—, hash marroquí, o química de laboratorio suizo. Todo muy internacional —como el reloj Leónidas de mi padre— y en vez de saquitos de piel, una petaca, una cajita de plata, o el bolsillo de las monedas en el Levi's de turno. Pero no en Betlem: allí una pluma de verderón, un escarabajo-rinoceronte vaciado por las hormigas, los

colmillos de una jineta, un hueso de sepia, una pinza de cangrejo, aún bastaban. Miento: eso era decorativo; el lugar en sí, era el amuleto. El Gran Amuleto.

Nunca llegué a conocer a la prima de mi padre, Leonor de Buenos Aires, pero sí a su hermano Pablo, de Barcelona. Lo visitábamos en su piso del Ensanche, calle Entenza, n.º 69, Principal, cuando estábamos en la ciudad, de paso hacia el noviciado de los jesuitas, para ver a mi hermano mayor. Tío Pablo Pelegrí era un hombre atildado, aficionado a los automóviles, a las aguas embotelladas y, daba la impresión, a las señoras. Un *homme à femmes*, de cierta fortuna y satisfecho consigo mismo. Eso se notaba en su aspecto, muy cuidado, en sus movimientos y su manera, tan barcelonesa, de hablar y escucharse en el silencio de los demás. Porque en aquella casa no se oían ruidos, todo estaba amortiguado y esta ha sido siempre mi idea de la confortabilidad europea: un lugar donde el ruido del mundo y el ruido que pueda generar ese mismo lugar queda fuera. Recuerdo los altos ventanales que daban al patio de la manzana, con cortinajes de terciopelo verde y visillos blancos. Recuerdo alfombras mullidas y parquet de espiga. Y una jaula de tórtolas en el patio, bajo uno de aquellos ventanales, y a mi madre diciéndome luego en la calle que las tórtolas eran aves antipáticas porque traían consigo mala suerte y cuando tío Pablo —que me regalaba camiones de bomberos, taxis de Barcelona (que conservo) o autobuses de Londres en miniatura—, cuando tío Pablo, digo, murió en accidente automovilístico, recuerdo que pensé en aquellas tórtolas de collar negro y en la mala suerte que traían según mi madre, que había heredado esa creencia de su familia materna, donde nadie dejaba un sombrero sobre la cama, ni se embarcaba en 13 y martes.

7

ELLA

A ella le dan miedo las abejas y las avispas y no sabe nadar. Por tanto, la profundidad del mar, que según la tradición insular se abre y cubre para siempre —*la mar fa forat i tapa*— también le atemoriza. Ningún otro animal la inquieta y le gusta viajar en barco y pasearse por cubierta; como le gusta andar todas las mañanas hasta la orilla, bañarse sin alejarse nunca mucho de esa misma orilla, hacer pie y contemplar el mar y comentar lo que descubre o mira. Y cuando la ves en el agua, rodeada por sus hijos y con su marido al fondo —su marido nadando hacia el horizonte— irradia una fuerza de la misma estirpe que la fuerza imantada del centro de la tierra, y la ley de esa fuerza que ella irradia tiene un efecto parecido al de la ley de la gravedad. Todo flota alrededor de ella y todo vuelve a ella, aunque se separe durante un rato (ahora su marido ya regresa del horizonte acuático) y eso es lo natural y nunca ella le ha dado ninguna importancia. Como si no fuera consciente de eso o no le importara en absoluto. O como si razonarlo o argumentarlo fuera, de tan natural y obvio, una cosa impropia.

Ella sabe que aquel paisaje es el paisaje de su marido, una condición anímica, una predisposición espiritual. Y se siente bien en él. Aunque sepa que en su paisaje de verano —el que se encierra en la infancia y permanece— hay palmeras, frutales, tierras de cultivo sembradas de almendros, acequias y huerto; casa con frescos en la logia, fotografías de grupo familiar, automóvil, grandes estanques y un pozo donde su tío encontró cestos de ampollas de morfina, restos oscuros de su anterior propietario. Ella sabe que la memoria también es una forma de la literatura. Como sabe que posee un territorio particular, inaccesible a todos los demás. No ha leído a Virginia Woolf, pero en su interior es dueña de una habitación independiente y propia. Una habitación donde también reside el desapego del mundo.

A ella le gusta mucho el café y eso también es una tradición familiar: su familia materna es muy cafetera y su hábito, italianizante: negro, corto y sin apenas azúcar. Su aroma indica por la mañana que

la vida en Betlem continúa felizmente, como en cualquier lugar donde ella esté. Después de tomárselo en la terraza, frente al mar o las montañas bajo las primeras luces del día, prepara la comida. Temprano, para estar lista pronto, dice, como si hubiera que estar lista para algo y ese algo, en ella, es ser: sin trabas, ni obligaciones. Mientras, su marido está en misa o de camino. Ella es la que cocina, sola y sin ayuda ninguna. Es la única temporada del año en la que carece de ayuda. Los hijos ponemos y retiramos la mesa o, si nos dejan, tiramos la basura a las gallinas, pero poco más. Ella cocina muy bien y lo que hace sí que puede identificarse con ese paisaje que es el de su marido y el suyo ahora. Con cuatro elementos simples y unos medios austeros, cocina suculentos platos barrocos —sus arroces secos — y postres cotidianos —cocas, torrijas y galletas de nata… Pero no se excede en la variedad. Su cocina es sencilla y verdadera. Como ella, que detesta la mentira y la impostura, que es, dice, otra forma de la pretensión.

Después de comer se retira con su marido a descansar y antes manda a sus hijos pequeños a su habitación, de la que no podrán salir hasta que ellos lo hayan hecho de la suya. Las siestas de verano, interminables como una condena. A veces, al levantarse y regresar a la terraza de cantos rodados, les habla de los cuentos de hadas que les ha leído en invierno al caer enfermos, de personajes célebres de *Ses Rondaies* —«célebre» es una palabra que usa a menudo y hay en ella tanta indefinición como alabanza o crítica—, de su infancia y juventud —«cuando aún no conocía a vuestro padre»—, de su noviazgo y la guerra —las cartas que llegaban del frente—, de música y bel canto. A menudo confiesa que le habría gustado ser bailarina. A veces juega con sus hijos a distintos juegos de mesa y entonces rememora el *jacquet*, al que jugaba con sus tíos en las tardes de Son Puig. Y lo nombra como si el *jacquet* fuera un legado de su propio paraíso privado. Le gustan las palabras —como a su padre— y las historias: escucharlas y contarlas. A su marido también le gustan las palabras. O mejor: la Palabra. Pero si él vive en Agustín de Hipona, ella es nuestra Sherezade.

Al caer la tarde salen a caminar y él abre la expedición, bastón en ristre y avisando de las enormes telarañas que cruzan los senderos —círculos concéntricos en retícula simétrica, con una gran araña negra en su centro— o señalando a algún macho cabrío sobre el roquedal, y el rastro de conejos y liebres en el suelo. Más que de la zoología, ella es partidaria de la botánica y nos enseña en sus dos lenguas los nombres vegetales que aún desconocemos. Uno de aquellos veranos, en un torrente, patina y cae y se fractura la rabadilla. Regresamos a casa llevándola en volandas, como una reina antigua, dice, riéndose de sí misma y disimulando el dolor para no asustarnos. No recuerdo lo

que hacemos, ni cómo comemos, sin ella, aquellos días, pero sí que cuando se repone, continúa bañándose todas las mañanas y saliendo a caminar todas las tardes. Su vitalidad es inacabable, como su sentido del humor: nunca se la ve cansada, nunca lo está, o si lo está lo oculta. Nunca la oímos quejarse de nada; ni siquiera del calor, que es africano. Ella es alegre como sus vestidos estampados de flores o dibujos geométricos, como los pañuelos que se pone sobre la cabeza en los días de viento, como su risa, que es, sí, de cristal: esa risa posee tanta luz como *dring*.

Sus ojos son verdes, el pelo castaño y elegante, la piel blanca. Como los pinos, la tierra y la espuma de mar. En las fotografías, sonríe. Al anochecer enciende los quinqués y nos manda distribuirlos en lugares estratégicos de la casa, para que haya suficiente luz y ningún tropiezo. Prepara la cena: tortilla francesa, pan, tomate y queso o sobrasada, según el día. Agua, aceite y sal. Poco más. Después de cenar miramos un rato las estrellas y las estrellas y sus constelaciones tienen los mismo nombres que los personajes del libro de mitología de mi abuelo. Recuerdo que me gustan, no sé por qué, Perseo, Andrómeda y Casiopea. Cantan los grillos, los lagartos buscan el resplandor de los quinqués para comenzar su cacería y las noches de luna llena se oyen los excitados pasos de las ratas sobre el tejado. Ella no se inmuta: no son abejas y tampoco avispas. Sólo son ratas y las de campo, dice, son mucho más limpias que las de ciudad. Luego nos manda a la cama y obedecemos, no sin antes besar a mi padre, que nos bendice. Al cabo de un rato ella nos visita en nuestro cuarto, nos besa en la frente y nos desea fantásticos sueños. Como si los sueños fueran una forma de literatura; es decir, con todo el acierto de un buen crítico literario.

Mi padre nunca nos visitaba en nuestro cuarto, a no ser que lo hiciera cuando ya estábamos dormidos.

8

ENTRE BETANIA Y EL MONTE ATHOS

Todos los veranos, desde Betlem, nos íbamos de excursión a la ermita. La ermita de Betlem estaba en un altiplano al otro lado de las montañas. Recuerdo el sol y un pozo muy profundo a cuya boca no nos dejaban asomar. Recuerdo las oquedades de las rocas en lo alto, donde las águilas tenían sus nidos y las cimas peladas, como afeitadas por el viento. Recuerdo los palmitos —que eran el símbolo definitorio de todo el paisaje— las matas de carrizo —que cortaban las manos si te agarrabas a ellas para no caer—, la retama, los asfódelos o gamones, los frutos encarnados de las matas de lentisco. Recuerdo el mar a nuestra espalda y ese color antiguo que sólo he vuelto a ver bajo la luz del puerto de Beirut. Recuerdo un estrecho paso de roca sobre un precipicio, alguna loma escarpada que cruzábamos campo a través y un torrente donde lloré, asustado, una tarde —ya de regreso — en que se puso a llover. Pensé que el torrente se desbordaría arrastrándonos con él —recordaba el torrente de Sant Miquel enfurecido, el invierno anterior— y lloré de puro miedo a la muerte: esta fue mi primera conciencia de la muerte como fatalidad.

La excursión era tranquila y las vistas vírgenes, salvajes y hermosas. La certeza arcádica formaba parte de la cotidianeidad del paisaje y aún forma parte, en cierto modo, de la educación estética del insular, convencidos como estamos de que la belleza recaló en la isla huyendo de algún caprichoso maleficio del que no pudo escapar del todo y nos dejó en herencia como precio de su disfrute. En mi vida adulta —nunca entonces— sospecho que soportarnos entre nosotros forma parte de ese maleficio: el precio de la belleza. Como si las consecuencias de nuestro pecado original se adquirieran en el tiempo y no en el origen mismo.

Mi padre llevaba bastón. Sólo en el campo. Un bastón de boj con la empuñadura quemada en su dorso. Mi padre llevaba el bastón con la misma gracia que un mariscal de campo no sé si en Versalles, o en el palacio del gobernador británico en La India. Efectuaba un juego

doble en el aire lanzándolo hacia delante y atrayéndolo luego a sí con un elegante repliegue de muñeca antes de dejar que su punta metálica golpeara el suelo. Después lo dejaba reposar unos segundos —apoyándose en él para tomar impulso— y volvía a empezar con la precisión de un mecanismo de relojería. Decía que la madera de boj tenía la ligereza necesaria para largas caminatas y la fortaleza precisa para sacar de cualquier apuro. Después nos contaba que un compañero suyo había desatendido sus advertencias sobre el veneno de las adelfas y se había hecho un bastón con una rama de dicha planta: «Acabó con un eczema en la mano por el que tuvo que ser tratado en el hospital», sentenciaba empuñando el suyo, ahora ya como un marajá sin gobernador británico.

Una anticuaria amiga me regaló hace años un bastón de Malaca con empuñadura de alpaca y tengo un par de paraguas con empuñadura de bambú. Bastón no llevo, salvo accidente (o en mis paseos de verano —una rama de acebuche— desde que cumplí los cincuenta), pero siempre he movido el paraguas de parecida forma, si no idéntica, que mi padre, y eso lo aprendí entonces con una caprichosa rama de algarrobo que se parecía mucho a un bastón y que conservo, carcomida, y usé de niño como bastón hasta que abandonamos Betlem. Con esa rama y observando a mi padre, supongo, como se observa a un dios tan cercano como inalcanzable y el orgullo infantil de ser su hijo.

La expedición anual a la ermita era en fila india y estaba formada por su jefe —mi padre— y el bastón como cetro de la tribu; un avezado explorador por delante —mi hermano Eduardo—; mi madre —tan ligera como los demás y a la que no recuerdo ni un solo día de malhumor—; mi hermano Javier —de la mano de mi madre— y yo, cerca de mi padre y con mi bastón de algarrobo, que parecía lacado pero no me lo había regalado otra anticuaria más, sino la naturaleza, que es la anticuaria más experta.

La llegada a los dominios eremíticos oscilaba entre la llegada a Betania y a Shangri-La: nada podía envejecer mal en aquel paisaje. La primera visión era el inmenso huerto rodeado de un muro de piedra y cultivado sobre grandes bancales escalonados bajo un estanque, en cuya agua verdosa se reflejaban las montañas que protegían el valle. En las acequias bebían los pájaros: jilgueros, verderones, papamoscas, gorriones… paseándose luego a pequeños saltos tranquilamente y al margen de cualquier peligro. Siempre interpreté aquella imagen del orden cartesiano de hortalizas y frutos —tomates, alcachofas, pimientos, cebollas, berenjenas, melones, sandías… en una demostración de riqueza natural y autosuficiencia— como el espejo de la vida eremítica, sujeta a otro orden superior, el de la oración y el contacto con Dios. Aquel huerto era la celebración de su obra en la

tierra y, en cierto modo, una reproducción a escala del Paraíso. De ahí, me decía, que los pájaros olvidaran la prudencia y desconocieran el miedo y los hombres apenas hablaran y, desde luego, nunca alzaran la voz. Cuando pasábamos junto a las colmenas, el zumbar de las abejas poseía la atonía de un raro contrapunto.

Tras cruzar el huerto hacíamos escala en la fuente de la ermita. Olvidando por una sola vez al año toda prevención sobre las miasmas ajenas, bebíamos agua del cazo de hierro que colgaba atado con una cadena sobre una cabeza de león. De la boca del león manaba el agua y caía en una pequeña bañera tallada en la piedra. A su sombra nos quedábamos a descansar mientras mi padre se acercaba al cenobio para rezar solo y charlar un rato con los anacoretas que, al acabar la charla, salían a despedirnos con algún presente en las manos: un cesto con tomates de pera, los primeros higos, ciruelas o berenjenas, un tarro con miel, alcaparras o requesón y algún que otro rosario de semillas de mostaza.

Los ermitaños me parecían hermanos entre sí: bajo la aspereza rupestre del hábito propendían a cierta robustez, también rupestre, y tenían las manos gruesas y toscas, los pómulos enrojecidos, la mirada entre concentrada e inexpresiva —o de una expresión ígnea que se me escapaba—, el pelo muy corto, la barba larga, las uñas pétreas. Como si la ermita fuera una comunidad religiosa formada por los miembros de una sola familia muy particular, cuyos cuerpos sufrieran una identificación simbiótica con la crudeza natural del paisaje. Todos cavaban su propia tumba al llegar a la ermita y cambiaban su nombre por el de los primeros cristianos monacales de Oriente. Todos llevaban sandalias de cuero y mi madre nos decía que en invierno también y no se constipaban; yo pensaba que con esa piel, tan gruesa como la del jabalí, era imposible constiparse. Mi padre, en cambio, al regresar, me hablaba de los padres del desierto, de las tierras de Anatolia, Capadocia y Antioquía, de los estilitas de Alepo y del monasterio copto de Santa Catalina, muy cerca de donde Moisés se topó con la zarza ardiente y la palabra de Dios. (Recuerdo que en su último ingreso hospitalario, antes de volver a casa para morir al cabo de unas semanas, el periódico que repartían en la clínica iba acompañado del primer tomo de una enciclopedia. La última entrada de ese primer tomo era la ciudad siria de Alepo. Mientras velaba su sueño o le ayudaba a comer, recordaba sus palabras sobre los estilitas que vivían cerca de Alepo, en Siria, cuando el mundo antiguo se parecía al mundo que compartimos en Betlem durante mi infancia. O al revés: cuando el paisaje de Betlem era idéntico —por lo menos para mí— al del mundo antiguo de donde procedíamos todos, tanto los ermitaños como nosotros).

Pero había otras procedencias y a veces surgían en la conversación chejoviana de verano como pregunta, y un desinteresado silencio era la respuesta: como quien dice que la genealogía no es presunción, ni impostura de la casa. Porque uno de los límites de la isla era mi familia paterna; lo era al menos para mí, que era quien preguntaba y quería saber. El mar es el límite de toda isla y mi familia paterna llegaba del mar a principios del siglo XX, no antes (aunque mientras escribo esto mi tío Pablo, el único hermano de mi padre, es ya el hombre más anciano de la isla: 104 años). Había algún apellido italiano en mi familia paterna —lo utilicé (y sólo aparece en una ocasión) en el narrador de mi primera novela, *El informe Stein*—, pero los demás eran apellidos catalanes, de Barcelona y de las cuencas del Ebro. Recuerdo un día que mi padre, antes de abandonar la ermita y señalando no hacia Betlem, sino en dirección a Artà, me habló de un Llop propietario de ocho yugadas de tierra. Un tal Llop d'Eslava que, según los historiadores, dijo, debió vendérselas o cambiárselas por otras al infante don Pedro de Portugal… «Aunque no olvides que entonces Llop era el nombre de un santo, como Lope en castellano, no un apellido, como es nuestro caso».

»—¿O sea que no tenía que ver con nosotros?

»—Lo dudo mucho, hijo, y además no importa».

Y yo pensé en el carácter único de nuestro apellido —inexistente en la isla salvo en nuestra familia y en los pobladores sin descendencia de los *talaiots*—. Mientras, mi padre continuó hablándome de nombres como san Pacomio, san Simeón, san Atanasio o san Teodosio, y pude comprobar, ya para siempre, que los santos padres del desierto eran, en la configuración genealógica del mundo de mi padre, mucho más importantes —ellos sí, esenciales— que cualquier Llop que hubiera guerreado en la Baja Edad Media y sus escudos de armas y pendones y hazañas de las que quedan, o no, en los libros de Historia.

«Sí, parece que en estas tierras hubo un Llop, Llop d'Eslava su nombre, y ahora hay otros; nada más. Y este nada más es la vida, hijo mío».

Al regresar y a pleno sol, las casas de la Batería parecían el fortín de *Beau Geste*, Zinderneuf —sabría después—, su nombre.

9

UN FRAGMENTO DE VIDA

En aquellos años aún no lo sabía, pero había dos clases de militares: los mallorquines y los que no lo eran. La vida castrense del militar peninsular abarcaba todos sus ámbitos: desde la vivienda particular a los economatos y clubes deportivos y sociales, pasando por sus amistades y un nomadismo nacional con destinos y vecinos de pabellón muy parecidos en cada provincia, por no decir idénticos. El militar mallorquín, en cambio, disponía en su vida de distintos compartimentos estancos. Uno de ellos era el peso de la isla: el caparazón de las tortugas. El militar peninsular tenía a España —todo el territorio nacional— por su casa. El militar mallorquín conocía España como su casa y hablaba de cualquier lugar de la península con familiaridad y minucioso conocimiento. Quiero decir que tanto por sus años de Academia como por destinos de juventud y estudios y —en el caso de la generación de mi padre— la guerra civil, conocían la geografía y la cultura españolas como la palma de su mano y nada de ellas les era ajeno. España y patria eran para los militares mallorquines la misma palabra, como para cualquier militar español. Pero su verdadera casa era la isla, y sus amistades —otra cosa eran las profesionales— no necesariamente eran militares; más bien al revés: solían ser sus amigos de siempre, al margen de la vida militar. Y el peso de la isla hacía que, a partir de cierta edad —bastante temprana, además—, regresaran a ella, perdiendo incluso posibilidades de brillantes ascensos en el futuro. Hubo y hay excepciones, pero son escasas. La finca propia —o de la mujer, lo que era más común—, su vida cotidiana, el paisaje… les empujaba a regresar —sin retirarse, pero sin pasar por destinos de más postín y que hubieran puntuado en la escalilla. Y lo hacían tranquilamente, como un rito más de la vida que a nadie extrañaba. El destino de un insular es la isla y además la vida —entonces— era una vida que tendía a la inmovilidad. Una vida inmóvil. El mallorquín, la lengua distinta, era entre ellos un signo más de complicidad en la forma de entender esa misma vida, nada más. Esa misma lengua que al hacer el servicio militar sería tildada por los

reclutas y soldados peninsulares de propia de los polacos y los mallorquines de lo mismo, cosa que no nos afectaba ni poco ni mucho, sabiendo que el defecto del monolingüismo era suyo y no nuestro. Y que además, poseíamos una clave cifrada que nos facilitaba la posibilidad de entender sin ser entendidos y la certeza de que no podían entendernos nunca —no tanto la lengua como la manera de ser o la lengua como manifestación de la manera de ser— y por eso era mejor girar la lengua, con parsimonia e irónica resignación y hablarles en la que compartíamos —que también era nuestra—, salvaguardando el territorio privado.

En aquellos años yo no sabía que hubiera dos clases de militares, pero empezaba a sospecharlo. En la vida del día a día, nuestro contacto con el ejército era escaso, por no decir nulo: mi padre siempre se quitaba el uniforme al llegar. El único enlace con la vida castrense era el asistente, una especie de criado u ordenanza que vivía en casa media jornada y servía tanto para acompañarnos al colegio como para lustrar los zapatos o llevar las cartas hasta Correos; poco más. Pero nunca para lo que se consideraban labores femeninas (y alguna vez se oían comentarios sobre otras mujeres de militar que sí les encargaban la compra, la colada o labores de cocina, asuntos todos que estaban muy mal vistos y eran duramente criticados por las mallorquinas). El asistente desaparecía en verano —se iba de permiso a su tierra— y volvía a aparecer a nuestro regreso de Betlem. Sólo en una ocasión desapareció antes de acabar el servicio, siendo sustituido de un día para otro. Fue un asistente catalán al que le gustaba llevar camisas oscuras, decoradas con vistosas flores y paramecios, lo que en casa se consideraba de un exotismo sospechoso, como de papagayo tropical en la era del traje gris y el bigotillo. Nos regalaba unos caramelos franceses llamados Berlingots, de colores también muy exóticos y con rayas blancas como una cebra albina, que compraba al otro lado de la frontera en unas bonitas cajas metálicas. Y nos enseñó —a mi hermano Javier y a mí— a contar en inglés hasta diez. Pero tenía la costumbre de entretenerse entre la salida del colegio de monjas —adonde iba a recogernos— y la llegada a casa. Le gustaban los garitos oscuros con billares y posturitas y un vecino avisó a nuestro padre de sus escalas en bares de escasa reputación en compañía de sus hijos más pequeños. No volvimos a saber nada más de él y de aquellas oscuras escalas sólo recuerdo unas mesas de billar y algún futbolín, poca luz y una barra con comistrajos, sifones y alcoholes, un baile de sombras masculinas y ninguna mujer.

En la vida del militar mallorquín —la isla ha dado una larga tradición artillera y durante la guerra contra Napoleón la Escuela de Artillería se instaló entre los muros de Montesión, donde yo cursaría

mis estudios con los jesuitas— existía un equilibrio entre la vida familiar y civil y la vida —y vocación— de Ejército. Nuestra vida en la Batería de Betlem fue, también, una metáfora de todo eso. Todos los veranos habitábamos en las casas de una *possessió*—de un predio— que no estaban en decadencia, como tantas otras de la isla, debido a su militarización, pero que sí participaban tanto de la pobreza como de la improductividad. Era una finca costera e inútil desde el punto de vista económico —solían heredarlas, como legítima, los hermanos menores— sin ser, exactamente, una finca, sino un destacamento militar instalado —o incrustado— en una antigua finca donde ya sólo pastaban las ovejas. Ni siquiera había olivos, ni higueras, ni vides, como en La Colonia, donde casi acariciaban el mar. Como lo hacían los tamarindos de Caloscans. Sólo pitas, cardos, palmitos y conejos enfermos de mixomatosis detenidos en el borde de senderos y caminos, esperando, ciegos y atontados, a la muerte. En vez de *amo* y *missatges* —colono y aparceros— había sargento y unos pocos soldados, pero la sensación al llegar y habitarla era similar. Durante un fragmento de vida —que se repetía todos los años— yo era esa casa y esa tierra y esa casa formaban parte de mí, aunque educado como estaba en la negación radical del tanto tienes tanto vales —en eso, en mi familia, éramos poco mediterráneos: se era por uno mismo, no por los bienes materiales—, la estancia en Betlem reforzaba por un lado la poética de lo inútil gozoso y por otro el sentido evangélico de la desposesión de toda riqueza.

De parecida manera a como las familias terratenientes habían visto cómo sus tierras iban cambiando de manos en el tiempo, vivíamos en aquella estéril finca espartana como si fuera nuestra durante un fragmento del verano y al mismo tiempo sabíamos que no lo era y tampoco esperábamos que lo fuera nunca. Por eso jamás me planteé si algún día dejaría de serlo: sabía que, aún viviéndola como si lo fuera, no lo era. Pero el ritmo de los días y las costumbres cotidianas de aquellos veraneos fueron, si no idénticos, sí muy parecidos a los de cualquier pequeña *possessió* mallorquina, exceptuando la preocupación por su presente y su futuro. No había pinturas al fresco, ni librerías —que es como aquí se llama a las bibliotecas privadas, restándoles toda ampulosidad—, ni logia: los colores de camuflaje de la fachada eran los frescos de la casa, los libros de mi padre y los míos formaban la *librería* portátil de la casa, la terraza de cantos rodados y sombrajo de pino hacía las veces de la logia de la casa. En el mar estábamos solos, custodiados por alambradas y cañones, y el rosario lo rezábamos al caer la tarde, pero nunca de rodillas, ni detrás de los visillos, porque no había visillos en aquella casa y sí ese eco aromático de la humedad, que es el perfume de cualquier isla mediterránea: de Mallorca a Corfú, pasando por la Sicilia de Lampedusa.

10

FLORA Y FAUNA

Todos los veranos eran el mismo verano. Todos los mares eran el mismo mar. Nuestra vida era idéntica agosto tras agosto. Y eso, precisamente, era lo que se buscaba en mi familia (y en tantas otras de la época). O por lo menos, lo buscaba mi padre. Gracias a él descubrí la unidad del tiempo, o esbocé mi primera concepción de dicha unidad: en verano no había pasado, ni futuro: sólo presente, y ese presente se proyectaba sobre el resto de la vida como lo hace un reino antiguo en las civilizaciones que le suceden. Un presente solar, mediterráneo, clásico. Recuerdo el día que pensé en esto: debía de tener nueve o diez años, quizá fueran siete u ocho, qué más da. Regresábamos de bañarnos en la cala. Mediodía a pleno sol. A mitad de camino mi madre nos detuvo y como todos los días, vació los dos pequeños pozales llenos de agua de mar sobre las cabezas de mi hermano pequeño y la mía. Entonces, mientras el agua salina resbalaba sobre mi cuerpo, supe que el tiempo era todo el tiempo: en ese rito cotidiano contra la insolación, lo supe. Y que eso era lo que se pretendía —o debía pretenderse— en la vida: su perdurabilidad tranquila en el tiempo.

Que el verano sea una época cerrada a que nada ocurra más allá del mismo verano se nota con claridad en la vivencia de los muertos. Un muerto en verano es una dislocación del tiempo y una quiebra que mira de soslayarse y se olvida. Su memoria sólo resucitará algún que otro verano —y no siempre— pero no durante el resto del año, como ocurre con los muertos que se van en primavera, otoño o invierno.

Quizá esto tenga que ver con que el verano es tiempo de consolidación y disfrute de la vida que ha estallado en primavera. No es tiempo para la muerte. El sol brilla con una potencia aplastante; las mariposas tejen el aire con manchas de color hasta mediados de agosto, cuando las libélulas las sustituyen; los pájaros buscan la sombra y cantan con fuerza —salvo a la hora de la siesta, que callan, anestesiados por el calor—; las crisálidas están vacías, abandonadas

como trajes de otra temporada; los insectos usurpan cualquier territorio, avisando del poderío de su infantería, caballería y aviación, por si quedaran dudas; la carne, fresca y roja, de las sandías disputa con el higo la categoría de mejor símbolo de la sensualidad de la estación; el melón es un perfume refinado que se deshace en la boca para calmar nuestra sed; la uva, una fruta para compartir en racimo, pero en la infancia aún no se sabe; el mar es un palacio barroco —por supuesto submarino— cuya techumbre de extensa claraboya alcanza la categoría de gran fresco pictórico en el que las luces varían según avanza el día. Sus habitantes visten los mejores vestidos y corazas y se pasean bajo el agua como damas babilónicas, escribas asirios y sacerdotes egipcios. Las tintoreras y los marrajos son los bárbaros que acechan la civilización. O los destacamentos avanzados en las limes, que la protegen. El mar es el esplendor y el regreso a casa, pero también la inmensidad de la tragedia: personal —cuando atrofia— y colectiva —cuando desangra—; es decir, mediterránea, a la que sin embargo siempre sobrevive.

La Batería de Betlem no era el primer territorio armado frente al mar. Muy cerca, en Farrutx y a principios del siglo XIV, el rey Jaume II trazó las coordenadas de su pabellón y coto de caza: Sa Devesa. Como si fuera un paisaje del Jardín del Edén, mandó traer vistosos faisanes, mágicos ciervos, feroces jabalíes. Perdices, liebres y conejos se paseaban entre los palmitos hasta que una flecha de ballesta o el trote de unos caballos escribían en el aire los pasos de la muerte.

Mientras estábamos en Betlem, también se cazaba un cabrito para su sacrificio. A mediados de agosto y con lazo. Salvo los habitantes de la Batería, el mulo loco y los conejos con mixomatosis, las cabras eran los únicos mamíferos visibles. Ya no quedaban faisanes, ciervos o jabalíes. Alguna tarde aparecía el macho cabrío sobre un peñasco, recortándose inmóvil contra el cielo azul: la potente testa, la cara negra, los ojos de carbunclo, el color fuego de la piel del cuerpo, los largos cuernos. Y así permanecía durante un buen rato, como un emperador que contemplara sus dominios. Y por mucho que lo mirara, nunca captaba el momento en que desaparecía. Parecía que supiera que, en esos segundos, yo ya no miraba para así desaparecer tan misteriosamente como había aparecido. Cuando íbamos con mi padre por la montaña, las cabras, si estaban cerca, eran invisibles. Podías tenerlas muy cerca y no oírlas; sólo si en su paso arrastraban piedras que rodaban por la ladera o caían al vacío, te dabas cuenta de que estaban ahí. Entonces se quedaban muy quietas, observándote. Y debías seguir tu camino. Sabías que debías seguir tu camino; como sabías, sin que nadie te lo hubiera explicado, que ellas estaban allí mucho antes de que un hombre pisara aquellos parajes. La presencia

del macho cabrío, en lo alto, te lo hacía saber majestuosamente.

A cazar cabras no íbamos nosotros, sino un par de soldados —uno de ellos con mosquetón al hombro— y el sargento. Los veía partir de buena mañana y también ascender por el monte Sinaí o el Penyal de Migdia con las cuerdas alrededor del cuerpo como un correaje, para cazarlas a lazo. Antes de comer, regresaban con el cabrito sobre los hombros y la estampa también era de otro tiempo, como los balidos al morir desangrado. Alguna vez era una cabra y la traían atada, estirándola, y yo volvía a pensar en Abraham, o en Palinuro, el piloto de Ulises. Un verano me regalaron uno de los cuernos de la cabra y regresé a Palma tan orgulloso del trofeo como si la hubiese cazado yo mismo. El cuerno apestó durante meses. Como decían que apestaba la abubilla o *puput* —que se confundía con la sequedad amarilla del paisaje— si te acercabas demasiado a ella. Pero lo cierto es que casi nunca, en todos aquellos veranos, había de ocurrir ni ocurría nada que destacara un año sobre otro. Todos se unen en uno solo y es su pérdida y el efecto de repentina congelación del tiempo lo que los distingue de los demás veranos de la vida. La aparición de un antes y un después trastornó bruscamente aquella uniforme quietud estival y su entronque con el mundo antiguo.

La conciencia de pérdida tuvo lugar cuando ya no estábamos en Betlem. Nadie nos avisó; nadie nos dijo «Este es el último verano»: ni padre, ni madre. Simplemente dejamos de ir a la Batería. Estábamos sentados en la terraza de casa, los geranios olían a geranio y mi padre se balanceaba en su mecedora de jardín —madera y lona azul— fumando un cigarrillo con los ojos entornados. Aquel año nos habían instalado un toldo de hierro y cañizo, un sombrajo, dijeron en casa, como se decían todas las cosas en casa, no fuera a dárseles a esas cosas una importancia que no tenían. Un sombrajo, sí, y aquella impecable instalación protectora, digna, no exagero, de una casa diseñada por Lloyd Wright, pasó a ser, simplemente el sombrajo como lo era en la veranda cubierta de Betlem. Por mi parte guardé el cuerno de cabra un par de años. Después, desapareció. Lo que indica, con toda probabilidad, que mi madre debió arrojarlo, sin más contemplaciones, a la basura.

11

MICROCOSMOS

La casa tenía una torre y estaba junto al mar. La casa protegía su intimidad con un muro que se extendía a lo largo del camino. El muro de terracota, como la casa entera, le proporcionaba un aire cerrado y solitario. La casa miraba al mar y daba la espalda al mundo. Y sin embargo esa impresión era falsa. O por lo menos, no exacta. Esa impresión indicaba realmente que aquella casa gozaba —y pienso que el verbo sí es exacto— de un orden propio y que era precisamente ese orden lo que le permitía ser una casa abierta a los otros, siempre y cuando estuvieran dispuestos a participar de ese orden y respetarlo. No se me ocurre ahora otra metáfora mejor de la mediterraneidad.

La casa se abrió a nosotros de tal manera, que desde entonces he unido la libertad del verano a su particular manera de vivir una casa. Hospitalaria y alegre, aunque sin exceso ninguno, en aquella casa —como en la nuestra— no se hablaba mal de nadie. Pero si la nuestra propendía al silencio, en esta el silencio sólo se producía para pensar sobre alguna sentencia u opinión demasiado contundente. Las comidas compartidas, las cenas improvisadas —«¿Por qué no os quedáis con nosotros?»—, las largas conversaciones, oscilaban sobre un particular sentido de la civilidad, donde la tradición se daba la mano con el arte, la religión o la ciencia. Y las visitas entrando y saliendo: entrando con una personalidad distinta, pero adecuándose muy pronto a la personalidad inherente a esa casa. Y saliendo enriquecidos con algún fragmento de aquella manera de entender el mundo.

Mi padre desayunaba en aquella casa muchas mañanas, después de misa. Mi padre iba a misa cada día; mi madre, sólo los domingos, con nosotros. Mi padre salía de la Batería muy temprano, bastón en ristre. Y andaba los cuatro o cinco kilómetros que nos separaban de La Colonia, en cuya iglesia asistía a misa. Después —le cogía de paso— se paraba en la casa y le invitaban a desayunar con ellos. Quizá se encontraran en misa y se fueran juntos a desayunar. Probablemente fuera así, porque tampoco imagino a mi padre presentándose en casa ajena a primera hora de la mañana.

Al cabo de una hora regresaba y otras veces lo acompañaban en coche hasta la Batería. Así empezaba sus días de verano mi padre, con un paseo solitario, misa y desayuno fuera de casa. Yo también lo hago: mientras los demás duermen, empiezo el día con un largo paseo solitario o en compañía de la perra. La diferencia está en que siempre desayuno en casa, también solo, y en vez de asistir a misa, enciendo el ordenador y escribo. Como ahora mismo, mientras recuerdo a mi padre cruzar las verjas de la Batería y descender por el camino pedregoso, lanzando el bastón hacia delante, como una brújula que indicara el norte y en el norte siempre estuviera Dios.

Pero vuelvo a la casa donde una hora más tarde se detendría mi padre, mientras nosotros desayunábamos en compañía de mi madre, que ya había desayunado —un café cargado y muy aromático— al levantarse con mi padre y sólo levantarse, porque ella no iba a misa los días laborables. Sin embargo se sentaba junto a nosotros y charlaba un rato —sobre la luz del día, los geranios o el estado de la mar—, pendiente de mi hermano Javier, que aquel invierno o el anterior, o quizá sería el siguiente, había padecido fiebres reumáticas. Reúma en el corazón, sentenció el médico y esa enfermedad le dio una atmósfera clínica a los ritos cotidianos de nuestra casa. Pero he de volver a la casa donde tantas mañanas desayunaba mi padre.

En aquella casa junto al mar convivían cierto espíritu ilustrado con el arraigo de la tierra. Como convivían con absoluta naturalidad las dos lenguas, aunque entre ellos hablaran siempre en mallorquín. Pero también una manera de contemplar el paisaje —la pintura— y una ventana sobre el mundo que se concentraba en dos revistas extranjeras: la italiana *Epoca* y la francesa *París-Match*. Entre sus paredes oí hablar por primera vez de AngladaCamarasa, Blanes Viale y Antoni Gelabert. De la luz como si fuera un personaje que entrara y saliera de nuestra vida, enriqueciéndola y llenándola de matices sutiles. Y también de Orfila o de la relación entre Becket y Tomás Moro. En aquella casa, las cosas eran hermosas porque estaban hechas por Dios y la belleza creada por los hombres era su homenaje al Creador. La lógica de los hechos era tan sencilla como aplastante. «És molt hermós», era una expresión común. Y había un eco dieciochesco en esa expresión —la voluntad de belleza en la cotidianeidad— que se apoyaba, además, en el buen gusto para combinar elementos modernos de los años 30 con la antigüedad. Lo pensé más tarde, claro, pero ya nunca dejé de pensarlo y esa fue la base, creo, para comprender luego el esteticismo decorativo del grupo de Bloomsbury, el racionalismo arquitectónico, o algunas casas de artistas en el México de la presidencia de Cárdenas. Las cosas, en la vida, son así.

En aquella casa existía con las visitas —aunque fueran inesperadas — una atmósfera de buen humor —la vida en general se contemplaba

desde el buen humor— y un sentido de la generosidad que tanto se materializaba en un par de sandías y un melón, como en una caja de hortalizas y una sobrasada, o en la compañía en coche hasta la Batería —«No os vais a ir andando»— después de la cena y la tertulia bajo las estrellas. Con el ruido del mar oscuro contra las rocas. Y el sueño. Uno de los grandes placeres de esa época: ser alzado en brazos hasta el coche —y eso sólo me ocurría en aquella casa—, sin llegar a despertarte del todo, la introducción y acomodo en el automóvil, el traqueteo por el camino sin asfaltar y vuelta a ser tomado en brazos y depositado en tu cama, no sin antes notar la brisa nocturna del trayecto a pie y oír el canto de la lechuza o el grito del alcaraván y las palabras del sargento dando novedades a mi padre. En aquella época mis ojos eran una cámara cinematográfica y mis oídos, una grabadora en marcha. Aunque el tiempo, después, también horade la memoria y sea la muerte de quienes nos amaron lo que nos empuje a reconstruirla.

El contraste entre ese sentir alegre de la casa y el silencio trapense de la nuestra —que mi madre alteraba a menudo con su gracia particular— hizo que estos detalles quedaran grabados en el tiempo de forma más vívida. Eso y la temporada que pasamos con ellos. Una mañana habíamos ido a comprar al colmado de La Colonia con la galera entoldada de la Batería —el regreso iba a ser con cestas y botellas y no era cuestión de hacerlo andando—. Su chófer era un soldado de rostro bondadoso. Cada año cambiaba el chófer pero no los rasgos de su rostro.

Mi hermano pequeño y yo acompañábamos a mamá. Mi padre se había quedado leyendo algún tomo de la BAC en la terraza del pabellón. Mi padre nunca en su vida fue a comprar víveres, viandas o comestibles. A sus hijos, en cambio, nos gustan los mercados. Especialmente a los dos pequeños: las horas que pasamos en ellos acompañando a nuestra madre, supongo. Y la alegría vital y colorista que encierran, como el corazón que bombea la sangre de una ciudad.

Habíamos acabado la compra y, mientras colocaban las botellas en una cesta, un sifón cayó al suelo y reventó a los pies de mi madre. Con tan mala fortuna que una esquirla de vidrio como punta de flecha se le clavó en una pierna, acertando en alguna vena. En pocos segundos mi madre estaba tumbada en el suelo con la pierna hecha un *ecce homo* y una sangría incesante.

El colmado, Ca n'Estaca su nombre, era uno de los dos sitios de La Colonia donde había teléfono. El otro era la Batería de Betlem. Mientras un hijo de los dueños del colmado salía en busca de ayuda, el soldado llamaba muy nervioso a la Batería para comunicar el parte de heridos: imagino que sólo veía un tremendo arresto en el horizonte;

las pruebas indicaban que el sifón se le había caído a él. No habían pasado ni cinco minutos desde el incidente y nos encontramos todos en la casa de la torre. Su dueño y anfitrión —que era médico— cosía la herida de mi madre y mi padre llegaba en coche, pues alguien de la casa había ido a buscarlo rápidamente a Betlem. Mi hermano y yo, en un rincón, no decíamos nada, ni sabíamos en qué iba a acabar el accidente. Si mi madre se desangraría y moriría allí mismo, o si los sifones tenían tétanos y todo iba a ser mucho peor de lo previsible. Pero no fue así, sino todo lo contrario. Durante más de una semana, hasta que mi madre pudo andar con cierta normalidad, vivimos en aquella casa y en familia. La nuestra y la suya, en uno de esos espejismos de verano donde los límites se desvanecen. Vimos cómo pintaban un fresco en el muro interior de la torre: mar, barcas, redes y peces de roca. Nos dejaron acostarnos tarde todas las noches y asistir a las tertulias de las amigas de las hijas. Una madrugada ascendimos hasta Farrutx. Visitamos son Real. Cazamos cangrejos *peluts*, recogimos gamba y *puú* al anochecer y pescamos antes de que saliera el sol. Apareció en la conversación el actor Anthony Quinn —como quien habla de un payés vecino—, que rodaba *El Mago* en una de sus fincas. Comimos por primera vez langosta —yo no comí porque su sabor no me gustó— y con las patas vacías y el caparazón, nos hicimos collares de indio apache y con ellos entramos, triunfales, en la Batería el día en que regresamos con mi madre sin cojear apenas. Aquella tarde me creí más Winnetou que nunca y lo primero que hice fue asomarme al establo del mulo loco, que me miró desde el fondo oscuro, reconociendo, sin duda, la jerarquía que me otorgaban los fragmentos de aquella langosta hervida, hilvanados con cordel y colgados simétricamente alrededor de mi cuello.

El soldado, por supuesto, nunca fue arrestado, pero no recuerdo que aquel verano volviéramos a hacer la compra en el carro entoldado de la Batería. Ni aquel, ni ningún otro. El mulo loco debió morir en invierno y ya no fue sustituido. En cuanto al carro, tampoco volví a verlo nunca más.

12

LA NECRÓPOLIS JUNTO AL MAR

En casa no éramos aficionados a visitar cementerios. Los muertos están muertos, decía mi madre. Y a veces subrayaba: los muertos ya no están. No decía ya no son, supongo que porque ser, sí consideraba que algo eran, es decir, muertos, pero los muertos no estaban y por tanto no había que visitarlos. No se visita una casa vacía. Nunca fuimos a visitar la tumba de mis abuelos y bisabuelos más allá de los días de algún entierro familiar. Y hasta donde yo sé, en el Día de Difuntos, mis padres no visitaban el cementerio, ni dejaban flores sobre las tumbas de la familia. La misa y la oración eran el medio de acceso a los muertos. Lo demás —por ejemplo las coronas, que siempre estuvieron prohibidas en casa—, debían relacionarlo más con viejos ritos paganos, aunque nunca lo dijeran, que no con otra cosa más seria. O tan seria como la muerte, quiero decir. Esta postura suya no estaba basada en supersticiones atávicas —el temor a los muertos, por ejemplo, que ha provocado tanta mala literatura gótica, como gente con prevención a pisar los cementerios— sino que era una reafirmación en la vida más allá de la muerte. Es decir, en la trascendencia espiritual del alma por un lado y el *pulvis es, et in pulverem reverteris*, por otro.

Algo así debían pensar los primeros pobladores de Mallorca al levantar frente al mar la necrópolis de Son Real, a pocos kilómetros de donde vivíamos en verano. Me refiero a la trascendencia espiritual del alma. De cientos de almas mirando al mar como símbolo, esa disposición física, del viaje a Ultramort. Y la sustitución del Caronte lacustre por una flota de Carontes marítimos.

Pero muerte y miedo siempre han estado unidos. Quizá que los hombres antiguos enterraran a sus muertos frente al mar era una protección frente a los peligros que pudieran venir de él. Quizá creyeran que el miedo que a ellos les producían los muertos —es decir, la muerte— fuera suficiente para impedir que los monstruos marinos, civilizaciones desconocidas, o incluso el más allá accedieran a sus vidas a través del inquietante espíritu del mar. Algo así

comentaban mi padre y su amigo médico —que era quien nos había conducido hasta allí—, mientras paseábamos entre las navetas funerarias y alguien dijo… a ver si encontráis cuentas de cristal o fragmentos de vasijas pintadas o alguna piedra tallada de sílex. Pero ni mi hermano Javier ni yo encontramos nada. Nada vimos que no fuera lo evidente, tan solemne. El mar, de color lapislázuli, estaba picado y su ruido era monótono y persistente. Alrededor había troncos caídos, secos y grises, vestigios de una imaginaria empalizada levantada por gigantes. Yo pisaba con mucho cuidado entre aquellas piedras ciclópeas, como había leído que debía hacerse en los cementerios indios, unos cementerios que todo piel roja respetaba. Cuando nos marchamos, tuve la sensación de que aquel lugar era el más solitario que había conocido jamás. Y que soledad, muerte y trascendencia en el tiempo iban unidas en un mismo destino.

Son Real era el cementerio más antiguo de Mallorca y era también el primer cementerio que visitaba en mi vida. Siempre los había visto desde fuera y me gustaba mucho el cementerio marino de La Colonia: pasábamos por delante de él camino de la Batería. Me gustaba la austeridad de sus muros encalados y le encontraba cierta lógica poética a que un cementerio insular se asomara al mar. (Antes de leer a Valéry, ya sabía leer a Valéry). Al regresar de Son Real —recuerdo el olor de la piel de los asientos del coche y el codo apoyado en la ventanilla— me encontré pensando en la muerte y sus formas de vivirla. En el asiento delantero, mi padre y su amigo comentaban que durante mucho tiempo en la isla se referían a este cementerio, equivocadamente, como el cementerio de los fenicios. Y en vez de piedras de sílex pensé en perfumeros de alabastro o lapislázuli —como el color del mar—, ídolos de bronce, restos de seda quemada por el tiempo y en por qué los antiguos necesitaban emprender el viaje mortuorio con algunas de sus pertenencias y en que esa pulsión procedía de la necesidad de la existencia de otro lugar, más allá de toda frontera, donde podrían usarlas de manera parecida a su vida terrenal. Que los objetos que mi hermano y yo debíamos encontrar entre las navetas no eran más que otras pruebas de la fe del hombre en la inmortalidad. Y que esa fe también era pagana, algo que no había pensado jamás.

¿Cómo eran esos hombres? ¿Podíamos considerarlos nuestros antepasados o pertenecían a una civilización extinta? En aquellos días de verano, me gustaba jugar con la resina de los árboles, cuando esta adquiría cierta petrificación. La resina de los pinos era amarilla como la miel; la de los árboles frutales era más oscura, como la confitura. Había leído la historia de un poblado de Europa cuando aún no era Europa y los bosques cubrían todo el continente y los hombres cazaban el uro, que era una especie de bisonte tremendo. Uno de los

protagonistas guardaba piedras de ámbar con insectos en su interior y yo, en mis juegos, le imitaba en aquel paisaje donde los bosques no existían. Aquellas bolas de resina eran lo más parecido a las cuentas de vidrio que nunca vi en la necrópolis de Son Real. Como el color del mar lo era al cristal de los perfumeros. Pero eso lo sabría después.

Mientras, también pensaba en los fenicios, en sus naves calafateadas con betún —eso también lo oía en las conversaciones entre mi padre y su amigo y eran cosas que no oía en los concilios de nuestra casa en Palma— y en los romanos y los árabes, a quienes ningún cementerio junto al mar había detenido en su empresa. Y en ese vacío que había después, un vacío sin letras ni palabras, un vacío de testimonios escritos, un vacío sin literatura y que en ese vacío cabían los muertos de Son Real y cabíamos nosotros, que nunca visitábamos cementerio alguno. Y que esa literatura que de haber existido ya no existía, era también una forma de oración. Lo mismo que su rescate.

Quizá por eso no pienso exactamente como mis padres. Creo que la oración es un medio de relación con los muertos, efectivamente, pero también que los sueños —otra forma de literatura— son uno de los territorios de los muertos y que a veces en ellos entablas o reanudas una conversación interrumpida por la muerte. Soy de los que creen que ningún lugar se conoce si no has visitado su mercado y su cementerio. Y pienso que la visita a las tumbas familiares es un rito de la memoria y una reafirmación de que la vida en la tierra no ha de ser pasto del olvido, aunque lo sea. Que al pisar un cementerio, pisas también uno de aquellos primeros cementerios, como el de Son Real. Que, en ese momento, algo muy profundo une a aquellos primeros pobladores de la isla con los que la poblamos ahora. Que la trascendencia no sólo ha de ser espiritual —siendo esta la más importante— sino que ha de tener un lugar más cercano en la continuidad de los tuyos. Y esa continuidad incluye las visitas a los muertos, aunque no sean, ni estén. Aunque golpees las puertas de una casa vacía. Pero también es verdad que la fe de mis padres siempre fue más sólida que la mía.

13

EMBAJADAS DE LA CIUDAD

Mi madre no llevaba gafas de sol. Tampoco mi padre. No en esa época, al menos. Sí las llevaban sus amigos, cuando venían a visitarnos en el Triumph descapotable rojo y en el Seat 1500 color gris marengo —si no venían los dos matrimonios juntos— y yo me preguntaba por qué ese gris se llamaba como una victoria de Napoleón. Me preguntaba si ese color gris era el color de las batallas antiguas, donde el humo, el olor a pólvora, el polvo, el griterío y el estruendo, inundaban el paisaje de una niebla espesa que engullía los vistosos colores de los uniformes, el brillo de seda de los estandartes y banderas. También los dos automóviles levantaban el polvo amarillento del camino a su paso y era bonito verlos llegar desde la terraza de la Batería, como una rica caravana procedente de otra civilización. Más lujosa y moderna que la nuestra; algo así como la sensualidad de Babilonia —jardines, palacios y bajorrelieves— frente a la aspereza de Judea —desierto, cabras y tiendas de pieles—, pero también como si la Batería —nuestra casa— ocupara el lugar de un *caravanserai* alejado de toda ciudad, de todo estado, de todo reino, y con una civilización propia, basada en sus recursos naturales, entre los que destacaba en primer lugar el primitivismo y la esencialidad del paisaje.

Cerca del mediodía, agosto y cigarras, aparcaban en la explanada los amigos de mis padres, a quienes llamábamos tíos. Sin hijos y con cierta fortuna: viajes en crucero hasta Estambul, compraventa de casas y tierras, grandes daneses desperezándose en el jardín, bibliotecas excelentes, coches impecables, hogares silenciosos de pasos amortiguados por las maderas y las gruesas alfombras (nosotros, en casa, teníamos esteras, no alfombras). Como una lámpara de cristal en la oscuridad del pasado y el rodaje de la primera escena de una película norteamericana cuando los focos se encienden, un día al año, la modernidad irrumpía en Betlem de la mano de la tradición. Entraba en el territorio de mis padres, cuyas fronteras estaban más allá de ambas.

En aquellas visitas que cruzaban el Ecuador del verano, mi madre continuaba siendo Adela, pero mi padre era Juanito para ellos, no para ellas que se dirigían a él como Juan. Aquel diminutivo —impropio de él, impropio del lenguaje que se empleaba en casa y nunca oído en otras voces— contenía tanto afecto como respeto y en la manera de sonreír y no tenerlo en cuenta se le notaba a mi padre su comodidad. Una comodidad relacionada no sé si con la complicidad de los años o con el dominio de un territorio sentimental; diferente al dominio del territorio religioso, que se manifestaba entre los llamados equipos de matrimonios, sus concilios con jesuitas y franciscanos, o las visitas de M. —siempre atento y en cierto modo expectante ante las palabras de mi padre—, que años después acabaría siendo obispo de Menorca y arzobispo de Solsona. Pero si estos representaban una concepción religiosa del mundo, donde yo me movía con cierta soltura, la visita estival de la modernidad era para mí una escala del colorido pagano, tan atractiva como el mundo antiguo, tan deslumbrante como ese otro mundo que intuía sin conocer todavía. Aunque nada de aquel paganismo —salvo algunos fetiches africanos y figurillas orientales de marfil tallado repartidos por sus casas— hubiera en ninguno de los dos matrimonios, tan creyentes como casi todos en esa época. Recuerdo que aquel día no íbamos a bañarnos al mar y que a aquellos amigos de mis padres, mi hermano y yo les llamábamos tíos sin serlo.

El mar no le gustaba a la mujer que leía a Tolstói, a Pasternak y a Mauriac, a Galdós y a Maurois, y que me decía que la infancia era el paraíso y que no tuviera ganas de abandonarlo porque todo en la vida, después, era menos divertido, menos misterioso, menos atractivo. A ella —de una inteligencia tan rica como precisa— le gustaba hablar de literatura y de filosofía —citaba a Kierkegaard y a Bergson— y decía que en su juventud le habría ido mejor habiendo nacido hombre que mujer. Era hija única, su madre jugaba al *bridge* y su padre —del que ya no conocí más que *souvenirs*: condecoraciones, cascos emplumados, espadines, sables y correajes de hilo de oro— había sido general de la España alfonsina. Era caprichosa y maniática, siempre tenía frío y le alteraban las corrientes de aire, pero su carácter era poderoso como el de una emperatriz china y su marido la adoraba y se pasaba la vida cerrando puertas y ventanas, con la sonrisa en los labios y la ironía a flor de piel. Era funcionario del Banco de España, lo que entonces equivalía a una canonjía en Las Indias, aunque siempre contara los días que le faltaban para el retiro, como si el trabajo cotidiano fuera un inacabable servicio militar. Él era un hombre tradicional que no se tomaba la vida muy en serio porque lo habría considerado una grosería o una falta de educación. A veces nos contaba historias de su

primo, un Oscar Wilde de provincia mediterránea, que había dilapidado su vida, sus tierras y su gran fortuna detrás de anticuarios, ciclistas y fornidos futbolistas y alguna puñalada por cuestiones de celos. Mi hermano y yo escuchábamos esas historias como si pertenecieran a un pasaje de *Las Mil y Una Noches*, incrédulos de que pudieran ocurrir a unos cuantos metros de nuestra casa. La suya era una casa en permanente claroscuro —ella debía de padecer cierta fotofobia— y en las pinturas de las paredes y algunos de los muebles se percibía la conciencia del pasado y el cuidado del legado de ese pasado. Como si perteneciera a ella, pero en la certeza de que procedía de él y era otra manera de vestirla o de cuidarla o de protegerla del aire frío que se filtraba entre los postigos. Como sus oscuros abrigos de piel en invierno.

Las pieles de la mujer que no leía a Tolstói pero que adoraba a Mankiewicz eran otras: el leopardo y el ocelote. Llevaba ceñidos pantalones a cuadros, gafas de montura blanca, los labios muy rojos y el pelo rubio platino. El timbre de voz firme, los ojos azules, la mirada curiosa y ausente de dudas. Y pañuelos de colores muy vivos alrededor del cuello o protegiéndole el peinado en el descapotable rojo, a juego con sus labios. Su marido tenía el aire de un oficial de Regulares que fuera primo de Clark Gable: la tez morena, la testa romana, el bigote fino. Al menos poseía su bondadosa sorna y un potente esplendor físico muy parecido al del actor. Era uno de esos hombres junto a los que tienes la sensación de que nada malo puede ocurrirte mientras estén contigo. No en lugares cotidianos, sino en sitios peligrosos y exóticos, como un desierto poblado de escorpiones y serpientes cascabel, o una jungla con panteras hambrientas saltando de tronco en tronco. Era uno de los jefes del aeropuerto en aquellos tiempos en que ibas al avión andando por la pista y nos acompañaba y venía a buscar a pie de escalerilla a nuestro regreso, con su largo pitillo inglés entre los labios y la sonrisa del que está satisfecho con su vida y sabe apreciar a sus amigos y demuestra ambas cosas porque las considera indisolubles. Con él nos paseábamos por pistas, hangares y despachos y aquel mundo —las mangas de aire, las carlingas plateadas, las brillantes hélices, las antenas y anemómetros— fue para mí un verdadero paisaje moderno —lo que yo entendía al menos por modernidad— incrustado en el paisaje natural de la isla, que entonces parecía inmutable. Había también un chalé solitario en una carretera solitaria de la costa oeste, que a mí me parecía un bungaló africano salido de *Hatari* o *Mogambo*, donde los perros eran grandes como potros e impávidos como príncipes antiguos y ellos vivían como actores retirados de la época más dorada de Hollywood. Recuerdo su sonrisa abierta, su paso largo sobre las pistas del aeropuerto, su

desenvoltura cinematográfica, el cariño que le demostraba a mi padre, el humor que siempre puso en todas las cosas de la vida. Con un vaso largo de whisky con hielo y sus cigarrillos ingleses, bien la caja roja y plana de Dunhill, bien la caja dorada de Benson & Hedges. Si la mayor parte de mis recuerdos urbanos de la infancia son en blanco y negro, aquel matrimonio fue su sección en tecnicolor.

Ambas mujeres fumaban. Como los hombres. Mi madre era la única que no fumaba en aquellas comidas, pese a que siempre alabó las virtudes del tabaco y decía preferir a los hombres que fumaban sobre los que no lo hacían. (Sobre las mujeres no se pronunciaba). Esta es la fotografía —la paz calma del verano— que conservo: la mesa dispuesta bajo el sombrajo de pino; los troncos de la veranda blanqueados de cal en su base; el mantel de hilo blanco a juego con la cal; la cristalería de vidrio grueso verde; las jarras de cerveza de mi padre; las guayaberas blancas de ellos y los vestidos ligeros y estampados de ellas; el humo del tabaco deshaciéndose en el aire salitroso del mar; el canto de las cigarras; los racimos de uva en el frutero; la ronda de avispas y abejas alrededor; la alegría de estar juntos y sus risas como un regalo; la ausencia de cualquier referencia bíblica en aquellas conversaciones; las mecedoras y tumbonas de lona a la hora del café; los silencios contemplando el paisaje; las mejores palabras —las de la mujer que leía a Tolstói y a Mauriac— para describir la belleza; la elegancia natural de mi madre en su papel de anfitriona; los ojos luminosos de mi padre y su pensamiento en un lugar inaccesible al darle la primera calada al cigarrillo que su amigo de testa romana y sonrisa Gable acaba de encenderle con su mechero de oro…

En otras costas de la isla se veían los primeros bikinis, se inauguraban salas de fiestas —aún no las llamaban discotecas— y empezaba la promiscuidad internacional. Pero no en Betlem, herencia espartana del *Ancien Régime*, convertida a través de la infancia en la verdadera dulzura de vivir, y que a mediados de agosto acogía a los visitantes de la ciudad como si fueran embajadores de un reino tan lejano como el Oriente de los Magos. Al caer la tarde, la caravana se despedía de nosotros y las nubes de polvo en el camino eran entonces los restos de la memoria de ese día. Poco después, mi madre encendía el primer quinqué de la velada y la noche seguía al día y precedía a otro día al que seguiría otra noche.

14

«ESTE COCHE GALOPA»

En la explanada de la Batería —rodeada por un extenso muro de piedra seca— mi hermano pequeño y yo colocábamos los troncos de pita muerta en dirección al mar. Como si fueran cañones o catapultas y nosotros habitantes de Betulia asediados por el general Holofernes. Los palmitos y acebuches eran los temibles filisteos que acechaban en el exterior. La hilera de sabinas, el campamento desde donde se dirigía el asedio. El mar embravecido de olas blancas eran tropas de refuerzo y, al no tener hermanas, carecíamos de Judith. En la explanada de la Batería, ya lo dije, el mulo loco se desbocaba y daba saltos y coces como un guerrero persa de Jerjes hasta que entre todos los soldados lo calmaban y devolvían a la oscuridad de su establo. En la explanada de la Batería crecían los rastrojos que el sol inmisericorde de agosto tumbaba contra el suelo como hicieron los legionarios de Roma con las tropas de Cartago, y todos los veranos se instalaba en un olivo de la entrada un zumbante enjambre de abejas, más real que los filisteos y los cartagineses. Ese día mi madre se negaba a salir de la Batería, desatendiendo por completo las palabras de mi padre, que tampoco insistía demasiado porque sabía que a la hora del paseo vespertino el enjambre ya no estaría allí y mi madre se vendría con nosotros.

Al cabo de unas horas llegaban dos hombres en un baqueteado Renault 4. Salían lentamente del coche —que no cruzaba la verja militar— y entraban a pie en la explanada, donde el sargento les indicaba lo que a simple vista ellos ya habían descubierto. La operación era idéntica año tras otro, aunque no sé si los hombres eran los mismos. Algún año el coche cambió: del renqueante Renault 4 se pasó a un flamante 4L con las marchas que surgían del salpicadero. Los hombres regresaban al coche, que permanecía en el camino, quieto como un quelonio de Las Encantadas cuyo caparazón alguien hubiera pintado de azulete. Uno de ellos —que parecía estar al frente de la operación— sacaba una especie de cayado del asiento posterior (yo pensaba en Moisés y su hermano Aarón) y el otro un saco. El sargento —que solía ser muy moreno y llevar bigote a lo Alfredo Mayo

— daba un bufido para que bajara algún soldado. Aarón y el soldado se colocaban debajo del enjambre y abrían la boca del saco. Entonces el hombre del cayado lo esgrimía en el aire hacia atrás, como un samurái la catana,y daba un golpe seco en el punto exacto donde el panal estaba unido a una rama del olivo. Todo era muy rápido. Aquel zumbante berenjenal de peligrosos cazas aéreos se desplomaba en el interior del saco y rápidamente lo cerraban. En el aire quedaban algunas docenas de abejas más enfurecidas que despistadas. «Cuando pierden a la reina ya se sabe…» oí que decían un día y en el silencio posterior pensé que les esperaba la muerte. El sargento contemplaba la operación con los brazos en jarras y cara de satisfacción. Los hombres anudaban el saco, lo metían en el coche, se despedían de él y el Renault 4 se iba dando tumbos por el camino en dirección desconocida. Nunca supe adónde se llevaban a aquellas abejas.

Mi padre era artillero y diplomado de Estado Mayor, pero en su época la Academia de Artillería lo era también de Ingenieros, lo que suponía, digamos, una doble titulación. También había cursado los estudios de la Escuela Militar de Automovilismo y en la guerrera lucía una alada insignia gris con un volante rojo en el centro. Mi padre había dejado de conducir al poco de acabar la guerra, pero la mecánica no tenía secretos para él: su teoría, porque nunca le vimos ensuciarse las manos. Conocía a la perfección las piezas de cualquier motor, su funcionamiento y la causa de cualquier mal: «esto es el cárter» era una de sus frases habituales, pero jamás, delante nuestro al menos, cogió una llave inglesa o desembozó un carburador. En su biblioteca, eso sí, había una sección dedicada a los libros de mecánica —y no era pequeña y todos los ejemplares estaban leídos, subrayados y con notas manuscritas entre sus páginas. Algunos de ellos tenían unas preciosas cubiertas *art déco* y tipografía muy elegante.

Aquel año —el último de nuestra estancia en la Batería y sospecho que empujado por su amigo médico—, mi padre decidió volver a conducir y lo hizo en la explanada. Fue una tarde memorable. Sólo al girar la llave de contacto el automóvil empezó a emitir unos mugidos como de res recién marcada al rojo vivo. Una vez logró poner el motor en marcha, el sonido del cambio de marchas no llegó a rompernos los tímpanos, pero la impresión fue de que en algún lugar cercano se había abierto una falla terrestre. El acabose fue cuando el coche empezó a moverse. Siempre habíamos visto cómo ese coche se desplazaba de La Colonia a la Batería, o al revés, de manera civilizada. Automovilísticamente civilizada, quiero decir. Jamás pensamos que podía encerrar un toro salvaje en su interior. Pues bien: mi padre, jugando con el embrague y el acelerador, logró que ese toro —émulo del mulo loco de la Batería— surgiera de no sé que recóndito pliegue

del motor y empezara a galopar sincopadamente por la explanada. El coche avanzó y retrocedió a trompicones, emitiendo ruidos secos y truenos amortiguados y amenazando peligrosamente la escasa flora y fauna del lugar. No llegó a cruzar la verja de la Batería, con lo que varios conejos con mixomatosis retrasaron la fecha de su muerte y los amigos de mis padres ver cómo se abollaba la carrocería de su coche, que hasta ahora jamás había dado señales de ser tan díscolo. Mi madre, entre la risa contenida, la estupefacción y la preocupación por el coche de sus amigos, conminaba a mi padre a que bajara: «¡Lo vas a estrellar!», decía. Mi padre, al cabo de un rato de pilotar por unas montañas rusas que nadie sino él era capaz de ver, detuvo el coche —al frenazo le siguió el motor calándose y otro salto brusco—, abrió la portezuela y se bajó diciendo: «No sé qué ha ocurrido: este coche galopa». E impávido, se sacó el paquete de tabaco del bolsillo superior de la sahariana, encendió un cigarrillo y le dio dos caladas seguidas con la mirada perdida en el horizonte.

«Adela, este coche galopa» fue nuestro lema secreto durante un par de años. Hasta que mi madre se sacó el carné de conducir y mi padre pasó a ser el eterno copiloto. Como lo soy yo ahora. Pero hasta que llegó ese momento, avanzamos sin rumbo por sembrados al borde de la carretera, vimos campos de almendros como si voláramos en un helicóptero a punto de estrellarse y bajamos por calles de la ciudad de lado a lado, sin arrasar, milagrosamente, con los coches aparcados en ambas aceras. Vivimos el riesgo de la geometría y las fuerzas centrífugas. La osadía de las curvas le quedaba pequeña a mi padre; las líneas quebradas y las parábolas imposibles fueron marca de la casa durante esos dos años. En sus manos, los coches tenían la manía de comportarse como equinos desbocados. Por supuesto no era su culpa: había sido un jinete excelente y su expediente de alumno de la Escuela de Automovilismo era más que impecable; era brillante. Y bajaba del coche con la misma calma que Fangio de su bólido en Le Mans. Por si acaso, aquel verano empecé a pensar que se podía prescindir de la conducción automovilística; para fumar con elegancia mirando el horizonte —cosa que tantas veces he hecho— no era necesario ponerse al volante. Sigo creyéndolo, aunque a veces pienso en cómo hubiera sido mi vida de haber conducido. Con el recuerdo de la explanada de Betlem, el último verano que pasamos allí.

15

SER Y TIEMPO

El tiempo de Betlem fue el tiempo de la verdad. El tiempo donde no había pasos en falso y todas las cosas eran verdad y eran esenciales. Quiero decir que el reverso de la verdad —si lo hubo— no era la mentira, sino el silencio. La mentira vendría después. Después de empezar la juventud y sus salidas en falso. En ese tiempo del que hablo, antes de entrar en el reino desconocido de las falsedades, no había escritura. Lectura sí, siempre hubo lectura. Pero no escritura. Si el paisaje megalítico de la zona era un paisaje de antes de la literatura, algo parecido ocurría en mi propio paisaje interior. Yo no era, todavía, literatura —o mejor: no era, todavía, escritura— y no sabía, ni sospechaba, que lo sería algún día. Como los hombres de los *talaiots* y los dólmenes semicubiertos por la dura vegetación, cuya vida era ajena a la escritura, la mía también lo era, aunque no —a través de mi padre— a las Escrituras. De la protohistoria a la protoliteratura. Y en cambio, la sospecha de que fue allí donde se generó toda la literatura. En aquellos años y en su pérdida: no tanto del tiempo como del lugar. Después, sospecho, bastarían otras pérdidas —y la vida es una sucesión de ellas— para que se articulara a través de la escritura un modo de entender la vida y, sobre todo, de vivirla. Porque no es la misma vida la de quien regresa cada verano al lugar de los veranos de su infancia, como la de quien ya no regresa jamás, estableciéndose así de manera definitiva la pérdida especular de dos paraísos de la memoria. Rescatados sólo a través de la memoria, quiero decir, como rescatamos aquellos libros que nos hicieron felices, pero que nos negamos a releer para conservar, precisamente, eso: los dones que hicieron nuestra vida distinta de lo que hubiera sido. Como hicieron —y es la prosa quien establece la distancia— los grandes maestros de la pintura, los maestros primitivos, en la civilización. También hay un paralelismo entre la vida de un hombre y la historia de la civilización a la que pertenece. Un paralelismo y una simbiosis. De ahí que este libro nazca también como defensa de la inescrutabilidad de la belleza. De su misterio. Libro reaccionario en tanto niega el desguace del arte

propuesto por el siglo XX. El siglo de la megamuerte, insaciable también en su empeño de destruir la belleza desarticulando su misterio, en una constante lección de Anatomía sin conocer siquiera la ciencia anatómica. En este sentido, *sí*: este es un libro antiguo que reivindica su necesidad de ser antiguo para ser. Nació en su paisaje, un paisaje limpio, noble y ascético que siempre acabó en el mar.

El tiempo de la verdad y el don de la belleza, que es una verdad que perdura. En ese tiempo, los utensilios eran de piedra y soporte de madera, recogida de la tierra o arrancada del árbol. Un hacha era una piedra plana y de filo tallado, atada con cordel al fragmento de una gruesa rama de acebuche, que hacía las veces de empuñadura. El arco, ya lo he contado, eran dos ramas más flexibles también de acebuche y las flechas los tronquillos más sólidos del carrizo. Sólo sus puntas eran metálicas y refinadas: viejos plumines que había por casa y yo me llevaba hasta Betlem en la esperanza de cazar alguna pieza que jamás cacé. Es curioso lo de los plumines en el arma que más lejos había de llegar: la flecha y la escritura. La escritura como trayecto de la flecha de la vida, parábola que no se sabe cuándo acaba, ni en qué punto del mismo se encuentra uno nunca. Pero que encierra también el tiempo de la verdad —la escritura como única verdad, su carácter sagrado— de igual forma que el ámbar encierra al insecto intacto a través de los milenios.

El ámbar o la resina de los frutales; el cuarzo o la calcita cristalizada: los tesoros particulares de esos antepasados fantasmales que se habían extinguido dejando su legado de piedra como los signos de otro alfabeto de la memoria. También Betlem se extinguía al final del verano: dejaba de ser y en esa dejación yo perdía una parte de mí que consideraba esencial, amortiguada al saber que la recuperaría el verano siguiente. Entonces imaginaba que el invierno hacía desaparecer Betlem. Que la nieve iba cubriendo el paisaje cambiándolo de tal forma que era otro hasta dejar de ser. Y el mar de la bahía se congelaba formando grandes placas de hielo y Betlem era un espacio glauco como los ojos de un ciego. Bajo esa nieve —como en el ámbar o en el cuarzo— quedaban atrapados los uros míticos de la Europa boscosa y fría, las balsas rudimentarias, los últimos moros de las cuevas, los bisontes y los ciervos de grandes astas, los caballos, los hechiceros prehistóricos, sus collares de colmillos y las cuentas de cristal. Sólo las águilas sobrevolaban el paisaje lívido como guardianes del Olimpo a la espera del deshielo. A la espera de nuestro regreso. A la espera de la renovación del tiempo de la verdad.

16

LA PARTIDA

Cuando uno lee la Biblia —y a mí me la leyó mucho mi padre cuando era niño— tiene una sensación desértica, polvorienta, seca. Sea la esclavitud en Egipto, la voz de los profetas o la travesía en sí del desierto. Siempre hay una Tierra Prometida, muy verde, y donde los arroyos manan hidromiel —y yo me preguntaba qué podía ser eso de hidromiel— una tierra, en fin y al fin, de leche y miel al fondo. En Betlem y su paisaje seco y bíblico yo me preguntaba por la necesidad de una Tierra Prometida y de la leche y de la miel. Eso era como el vellocino de oro, lo que da pie al relato y al viaje, su excusa. Y lo pensaba porque en esa tierra donde era bíblica hasta su toponimia principal —de Betlem a San Pedro, pasando por Sinaí— yo no necesitaba ninguna Tierra Prometida. Ella era la Tierra Prometida del resto del año. Sólo que el viaje, en mi caso, fue al revés: al final estaba su pérdida, no su arribada.

El último día de agosto, sobre un rastro de polvo, aparecía el Simca color cereza en Betlem. Aparecía por la mañana, a la misma hora en que habíamos llegado el día primero del mes, pero nunca abandonábamos la Batería antes de las ocho, que entonces eran las siete de sol. Por supuesto, llegábamos a casa por la noche. Así solía hacerse en verano: en los trayectos largos, no salir antes de la cercanía del ocaso. Hacer lo contrario hubiera sido un tormento inútil. Se conducía tarde —con el sol ya bajo— y noche. Nunca antes.

En los días previos a la fatídica aparición del Simca color cereza —tan fatídica como feliz había sido el 1 de agosto frente a la casa de Palma—, aparecían también sus mensajeros. Sobre los cables telefónicos de la Batería se formaba, a lo largo del camino, un pentagrama de notas de colores tornasolados, exóticos, selváticos, más propios de los Trópicos que de la luz común del Mediterráneo. Su vestido era verde musgo, amarillo, turquesa, ocre, negro, azul celeste y el largo pico pardo, una fina daga oriental. En aquella reunión de vistosos funámbulos, se preparaba la partida de los abejarucos, lujosos

mensajeros del fin del agosto, visibles sólo en esas fechas, y aquello era, para mí, el prólogo de nuestra propia partida, mucho más modesta y menos colorida. Y sería también, años más tarde, el pasaje de introducción a la literatura de Lezama Lima, o a la pintura orientalista, o al mundo de Guermantes: lo que puede la naturaleza. Paseábamos junto a los postes observándolos y siendo observados desde lo alto por ellos —formando un regimiento de húsares alados. Y yo pensaba que de no haber teléfono militar, jamás habría podido observar ni la belleza de los abejarucos, ni su organización antes de emprender el vuelo hacia el Sáhara. Y eso era infinitamente superior al hecho de poder charlar por teléfono en un lugar donde el teléfono era tan extraño como la luz eléctrica o un cohete de la NASA.

El día 31 de agosto, horas después de que los abejarucos comenzaran su viaje, aparecía el viejo Simca color cereza, traqueteando por el camino polvoriento. Y al mismo tiempo aparecían también nuestras águilas, es decir, los buitres negros. Como si el Simca hubiera sido un bisonte moribundo que los alertara, excitando su apetito. Solían ser tres y surgían de detrás de Sa Talaia Freda, apenas visibles, tan alto era su vuelo. Volaban en círculo, las alas desplegadas y acabadas en un abanico de largas plumas, como los dedos de una mano, y poco a poco, los círculos que trazaban iban siendo cada vez más cercanos. De unas pequeñas cruces negras a la morfología de las aves en todo su esplendor. Y ese esplendor también era un esplendor antiguo. No prehistórico como los *talaiots* o los dólmenes, sino antiguo como la civilización de los griegos arcaicos. Así pensaba yo, mientras los veía volar sobre nuestras cabezas. Nuestras águilas eran las mismas que volaban cerca del refugio de los dioses griegos, desde donde se dirigía el destino de los hombres precristianos, cuando los hombres no eran libres. Nuestras águilas habitaban en la falda del monte Olimpo, en Tesalia, y Tesalia, en el momento de la despedida, era una réplica del paisaje de Betlem. Como era y había sido muchos días de agosto el espejo del monte Sinaí, ahí donde habitaba el Dios de los judíos. Pero yo no pensaba en Afrodita o en Zeus, ni en Hera o Poseidón y tampoco en las tablas de la ley. Pensaba en las historias que había leído en el libro de mitología de mi abuelo: en Jasón, Eurídice, Héctor o Belerofonte. Y también en Débora y Barac, en los hermanos Macabeos, en sumerios y acadios, en las barbas de los bajorrelieves babilónicos… y esas escenas iban convirtiéndose en un regalo de aquel paisaje que nos llevábamos a la ciudad. Los buitres negros eran sus emisarios: heraldos del Tiempo.

El día pasaba lento y majestuoso, como su vuelo, y a medida que el sol se alejaba de su cénit, la casa iba cerrándose, las cestas preparadas en la veranda del sombrajo y el Simca aún bajo la sombra de uno de

los grandes pinos de la Batería. De repente, los buitres desaparecían. Y mientras los buscaba inútilmente en el aire, empezábamos a oír el paso de las botas y el tintineo de los correajes militares, que también se preparaban para despedirnos. No antes; siempre después de la desaparición de los buitres negros.

Los soldados formaban armados en posición de descanso esperando que apareciera mi padre, mientras el sargento paseaba arriba y abajo por la explanada. Bajábamos la escalinata y a una orden del sargento los soldados se ponían en posición de firmes, saludando con la mano abierta sobre el cañón del mosquetón. El sargento daba las novedades y mi padre le tendía la mano antes de meterse en el coche, donde le esperábamos a sabiendas —sin que nadie hubiera tenido que explicárnoslo— de que aquellos honores militares no nos correspondían a nosotros, sino sólo a él y era sólo él y a solas quien debía recibirlos. Mi hermano pequeño, junto a una de las ventanillas traseras, no perdía ni un solo detalle de la maniobra, los ojos fijos en la guardia hierática y formada.

Yo me sentaba delante, junto al chófer, sobre unos cojines hechos por mi madre con tela sobrante de unas colchas de mis hermanos mayores, para poder contemplar mejor el paisaje. La tarde de la partida siempre miraba por el retrovisor cómo iban alejándose las casas de Betlem —sus colores de camuflaje—, mientras el coche se zarandeaba entre piedras y cardos. Y la imagen que iba empequeñeciéndose hasta perderse en la primera curva era, para mí, un símbolo libresco: la vida enmarcada diluyéndose en la memoria —como la imagen se diluía en el espacio— y la escritura su rescate desde el interior de esa memoria donde se diluía. Recuerdo que el último verano en Betlem, ninguno de nosotros tenía conciencia de que sería el último. Yo había estado en un campamento en los Pirineos y regresar al paisaje bíblico de Betlem fue como pasar de Europa a África. Y en el reencuentro, la conciencia de que era ese paisaje —y no los riachuelos, ni las fresas salvajes o los abetos— mi paisaje: un fragmento africano en el Mediterráneo. Poco antes de irme a aquel campamento, las calles de París habían ardido durante un mes y Praga había sido tomada por los tanques soviéticos. Recuerdo que, al regreso, los días de Betlem ya no borraron ninguna de esas dos imágenes, como sí habían borrado en años anteriores cualquiera de las cosas que ocurrían en el mundo. Recuerdo que de repente dejé de mirar por el retrovisor y miré hacia atrás: aquel año miré hacia atrás y ya no pude hacerlo nunca más. No sé por qué lo hice: ya no ví más que la copa de los pinos de la Batería, la hilera de sabinas mitológicas y las montañas que conducían a la ermita, más atrás. Tres buitres negros seguían volando, calmos y majestuosos, como si estuviéramos

eligiendo el día equivocado para marcharnos. Y ninguno de nosotros pensó, en aquel momento, que estábamos abandonando Betlem para siempre. Mi padre empezó a musitar las preces latinas del santo rosario.

17

CODA

Muchos años después, en una ocasión que el médico amigo de mi padre vino a comer a nuestra casa —yo debía tener veintipocos años— estuvimos charlando, no recuerdo por qué, sobre escrituras antiguas. En la conversación aparecieron la piedra Rosetta, las tablillas asirias de barro, el Apocalipsis, los rollos de Qumrán y los ideogramas chinos. Le hablé del libro de Étiemble, *La escritura*, que yo había leído hacía poco y sobre el que pareció muy interesado, tanto que me lo pidió para leerlo. Al devolvérmelo, lo hizo con un sobre entre sus páginas, donde había cuatro diapositivas de los tiempos de la Batería de Betlem. En una de ellas aparezco en la explanada, mi cabeza contra el cielo azul. En otra estoy en el camino que conducía a la Batería junto a mi hermano Javier y la bahía de Alcúdia al fondo. Otra es de Sa Talaia Freda y Es Penyal de Migdia. Y la última es de las casas de la Batería, con sus fachadas de camuflaje. En ella estoy de pie junto a las paredes del huerto. No debo de tener más de siete u ocho años y es la fotografía que se reproduce en este libro.

Uno de los valores de una fotografía es el testimonio y recuerdo de haber estado en el lugar fotografiado. Una fotografía nos dice «Yo estuve allí y fui feliz o creí serlo y por eso la guardo y aún existe, aunque tantos años hayan pasado o precisamente por los años pasados y este es su valor añadido». En estas páginas se cruzan dos cosas de las que hablamos aquella tarde, a la hora del café: la escritura y el valor de esa foto que constata que yo estuve allí y fui feliz o creí serlo. Tanto, que he tenido que escribirlo, porque la fotografía y la memoria no me bastaban. Pues así como la foto —ella o la diapositiva, tan en perfecto estado— no iba a diluirse en el tiempo, con la memoria no se sabe (o sí) y la escritura, aquí, aspira, al menos, a la misma luz que esa fotografía posee. La luz del que sabe que estuvo allí y mientras estuvo fue feliz o creyó serlo, que es otra de las formas de la plenitud. O de su conocimiento.

18

Y EPÍLOGO

En 1985 me casé y desde entonces ya no he dejado de escribir. Para la escritura, mi mujer me regaló tres cosas: su paciencia —este, en principio, no era el mundo al que estaba destinada—, su autosuficiente desapego de las servidumbres de la vida de provincia —como si fuera extranjera, a veces incluso de sí misma— y una casa de verano en un pequeño puerto de pescadores de la costa norte de la isla. Su paisaje, en un abrupto circo montañoso, es salvaje y de ecos griegos: algunos amigos viajeros me han comentado que es muy parecido al de ciertas zonas de Corfú.

Hacía, pues, cerca de veinte años, que había abandonado Betlem y en esos veinte años habían transcurrido mi adolescencia y mi juventud. Ahora se trataba de otra cosa y esa otra cosa consistía en construir, paralelamente a una familia propia, un mundo literario propio, mientras modulaba lo que se llama una voz propia. No aspiraba a otras propiedades. En este puerto de pescadores también cantan las cigarras, el sol aplasta a lagartos y escarabajos, y la hierba seca huele como una almazara o una despensa. En la cala se alzan las rocas de arenisca roja —o Buntsandstein— que son las más antiguas de Mallorca (Triásico Inferior: doscientos cincuenta millones de años), y en el predio que corona los acantilados se encuentran los restos de un asentamiento o poblado pétreo, también —como en Betlem— de la Edad del Bronce. A finales de agosto, en la cala de las rocas rojas, vuelan las libélulas, aparecen los pulpos y el cormorán patrulla las aguas como un submarino con el periscopio alzado. Era y es, en fin, un buen lugar para la vida primitiva mediterránea —las cosas esenciales del verano— y también para llevar un régimen metódico, ordenado y bastante solitario, que es lo que necesita la escritura. «La vida de monasterio», dice mi mujer, o «nos vamos al monasterio», y es cierto: cuando me veo entre mis libros o escribiendo en esta casa —donde tanto he escrito— pienso en mi padre en Betlem y en esa ley física convertida ya en lugar común que afirma que nada se destruye sino que se transforma. Y cuando saco el agua de la cisterna, varias

imágenes muy potentes se cruzan en mi mente: pienso en la Batería de Betlem y en el monte Athos y la ermita de Artà —ahora sin ermitaños y abandonada a su suerte— y también en la Mallorca rural que conocí de niño. Como pienso en la Biblia y en el Oriente cristiano: hay que ver lo que da una pequeña cisterna. Son bastantes los días de verano en que vivo no sé si como un benedictino o como un cristiano oriental (por el calor y la sequedad lo digo), pero desde luego de forma casi monástica (sólo interrumpida por los baños de mar y algunas visitas de amigos). Y cuando le contesto a ella que esto es el paraíso, me recuerda la frase de Gertrude Stein a Robert Graves antes de que él viniera a Mallorca: que el paraíso también hay que saber soportarlo.

He citado a Graves y aquí estriba la diferencia entre Betlem y este puerto de todos los veranos donde he escrito casi la totalidad de este libro. Pese a lo salvaje del paisaje que habito ahora, este ya era un paisaje civilizado por la escritura, algo que no era en absoluto Betlem, cuya escritura era la de los muertos, hecha en piedra y abandonada desde hacía siglos. Todos los siglos. En cambio, Robert Graves enlazó Roma y los mitos antiguos con este fragmento de la isla y hay días, en verano y tras haberse puesto el sol, en que el mar adquiere ese color de vino del que habla Homero. Y en los olivos de los poemas de Graves —que son los de los bancales de esta costa— están los olivos de La Toscana y El Lacio del imperio, entroncando —sin que él lo advirtiera— con los latinos de Costa i Llobera. No es difícil al observar los cargueros sobre la línea del horizonte, imaginar naves griegas, fenicias o romanas. Graves trajo una luz distinta a este paisaje y un sentido, también distinto, que son, ambos, luz y sentido, asuntos de poeta, formas de leer lo legible y de hacer legible lo que era ilegible hasta ese momento.

Años atrás lo había hecho en algunos fragmentos de su poesía Rosselló-Pòrcel respecto a Palma —nunca podremos oír el campanario de una iglesia sin añadirle las notas orientales del poema *Inici de campana*, ni dar un largo paseo por la ciudad sin que se crucen algunos versos de *Auca* si es de día, o de *Ronda amb fantasmes*, si es de noche. Y respecto a la Mallorca interior, lo haría Damià Huguet en *Cinc minuts amb tu*, que surge de otra «escola mallorquina» —la escatológica, que tiene en Blai Bonet su fundador— aunque el verso de Damià Huguet esté civilizado por la influencia italiana, vía Pavese, y la francesa, vía el cine de la *Nouvelle Vague*. Por mi parte, en los tres —Graves, Rosselló-Pòrcel y Huguet— hallé algunos de los postulados poéticos para la construcción de mi hermenéutica insular. Lo que quiere decir que en su lectura fui feliz, como lo es quien comprueba que su casa está en orden después de un largo viaje.

Pero antes que Robert Graves, estuvo en esta costa el archiduque

Luis Salvador Habsburgo-Lorena. Y antes de que Predrag Matvejevic escribiera su *Breviario mediterráneo*, ya lo había hecho el archiduque entre la cubierta de su yate *Nixe* —donde convivían marineros griegos con turcos, y mallorquines con sicilianos y dálmatas— y sus distintos predios en esta zona. Porque el archiduque austrohúngaro no sólo escribió o navegó por el Mediterráneo, sino que fue dueño y señor de varios fragmentos de ese Mediterráneo —de Valldemossa a Ramleh o Ischia— y en ellos edificó su particular imperio de transterrado y tejió su estrambótica corte particular. Y lo hizo como un hombre ilustrado, pero también como un hombre romántico, aunque por la época que le tocó vivir, la Ilustración y el Romanticismo ya cayeran lejos. ¿Lejos de dónde? Siempre la misma pregunta.

La escritura es otra forma de destierro, una manera de vivir el destino del transterrado. La isla es su paradoja, porque de una isla nunca se escapa uno si es nativo; ni lejos, ni cerca. Y tanto una —la escritura— como otra —la isla— tienen sus dioses lares. Homero —al que ya he citado— los abarca a todos, como *La Odisea* abarca la vida de todos los hombres. Y detrás de él —en mi caso, cuando habito en esta costa— están, además de Graves, el poeta y novelista Lawrence Durrell —que tanto amó Corfú—, el radiotelegrafista Nikos Kavvadías a bordo de un mercante como los que veo deslizarse por el horizonte, y Curzio Malaparte en su magnífica casa de Capri, por cuya azotea el escritor montaba en bicicleta. Sin olvidar nunca a Leonard Cohen en Hydra, a principios de los 70. En esa época conocí su música y con ella el dorso de su álbum *Songs of a room*: la fotografía de una chica rubia —la noruega Marianne— envuelta en una toalla —es decir, desnuda bajo la toalla con la que se ha envuelto para la fotografía de Cohen—, que pasa a máquina los poemas del cantante canadiense en la casa de Hydra.

Fue Cohen quien escribió en esa época que la luz del Mediterráneo era una luz «honesta y filosófica» y son bastantes los días en que ambos adjetivos me rondan por la mente como si bailaran una de esas canciones suyas, ya más tardías, con acompañamiento de sirtaki, laúd y guitarra. Son los días de la vida en verano, después del paseo matinal, cuando me encierro a escribir. Antes de empezar pienso en esa luz honesta y filosófica del Mediterráneo (del mismo modo que los sábados y domingos de invierno escucho *Like a rolling stone*, de Dylan como rito inicial de la escritura matinal), abro las persianas y miro la habitación, tan parecida a la fotografiada en *Songs of a room*. Llevo casi treinta años escribiendo en esa habitación, mientras mi Marianne particular duerme en el piso de arriba. Tiene las paredes blancas y vacías, una pequeña estantería, una mesa y una silla. Y un aire de verdad monacal, una ventana con barrotes de hierro y las cigarras al

otro lado, como si fueran vecinas indiscretas. En este pequeño puerto de pescadores que, ya lo he dicho, podría pasar por griego, no tengo radio, ni periódicos, ni televisión. No hay palacios neoclásicos, como en Hydra, pero sí la huella de uno de los herederos de quienes mandaron construirlos. Y muy cerca, Miramar o el lugar donde Ramon Llull fundó su Escuela de Lenguas Orientales, la rada donde fondeaba el yate *Nixe* y su babel mediterránea y el templete neoclásico que aquel archiduque austrohúngaro levantó sobre el mar, como un mirador tallado en mármol. En el límite de una rama desgajada de la Mallorca rural que conocí.

A primera hora de la mañana, a veces, bajo hasta el mar: verdoso, transparente, calmo. Estoy un rato contemplándolo: ese es el espejo donde se miran todos los paraísos, un mero reflejo. Porque con el paraíso sólo se pueden hacer tres cosas: amarlo, perderlo y recordarlo. Para saber quién eres y quién hubieras podido ser: enseñanzas de la edad tardía. Sin olvidar que en el ser mediterráneo se halla también su reverso trágico. Siempre he creído que tanto la Contrarreforma como la inexistencia de siglo XVIII nos dejó en manos de una mentalidad feudal que se reproduce y adapta a los tiempos. Pero Matvejevic asegura que en el Mediterráneo, ni siquiera el Renacimiento ha podido con la Edad Media, lo que es, sin duda, peor. Su luz, efectivamente, es honesta y filosófica, pero bajo esa luz —que acaba resucitando y nos resucita a los que la habitamos— se oculta también la tragedia antigua y circular. Aunque sepamos que la salvación está en el olvido y en estas palabras que Joseph Conrad escribió en *El espejo del mar*: «De Salamina a Actium, pasando por Lepanto y el Nilo, y acabando en la batalla naval de Navarino —por no mencionar otros encuentros armados de menor interés— toda la sangre derramada en el Mediterráneo no ha dejado la mancha de un solo reguero púrpura sobre el azul profundo de sus aguas clásicas».

Todo eso —de Salamina a Actium…— no había ocurrido en Betlem cuando aún no se llamaba Betlem y se instalaron en sus parajes los primeros pobladores de Mallorca. Pero aquellos derruidos monumentos megalíticos de la Edad del Bronce también eran el aviso de que todos nosotros pasaríamos como habían pasado los hombres que los edificaron. La Batería se desmanteló, las casas del acuartelamiento pasaron a manos civiles y han sido de todo —como ocurre con las cosas del mundo que, ya dije, es civil— y una parte de la vieja finca de Betlem se urbanizó… La cultura a la que yo había pertenecido, la cultura que me había sido regalada, la cultura donde existió el paraíso, desapareció. Sin dehesas reales donde se criaban ciervos, faisanes y jabalíes. Sin monumentos megalíticos ni cuevas donde refugiarse como herencia. Aunque la diferencia está —y de eso,

supongo, se trataba— en que yo sí he pintado escenas de nadadores y de pesca y de caza en mi cueva, que parece de papel, pero está hecha de memoria, es decir, de olvido.

Como la vida que conocí y ya no existe. No existe desde hace tanto tiempo, que no puede contarse. El tiempo de la luz honesta y filosófica, mientras el siroco —es decir, el *xaloc*— azota por la noche la casa donde escribo.

Sa Marina, verano de 2011; Sa Marina-Palma, verano-otoño de 2012